

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



El Congreso
Eucarístico
de Toledo

El sacerdocio
de Cristo conlleva
el sufrimiento

Consagración de
Navarra al
Corazón de Jesús

El santo Cura de
Ars, maestro
de vida interior

El padre
Popieluszko, mártir
de nuestros
tiempos

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA



Custodia de la catedral de Toledo

«Entre todas las devociones, ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros.»

San Alfonso María de Liguorio

Sumario

La adoración eucarística	3
Retazos del Congreso Eucarístico de Toledo <i>Manuel Glez López-Corps</i>	6
Acercarse con alegría al altar de Dios. El Congreso Eucarístico de Toledo, 2010 <i>Guillermo Pons Pons</i>	10
Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la solemnidad del Corpus Christi	13
La devoción a la Eucaristía del beato José Tous de Igualada <i>Rvdo. Francesc Xavier Bisbal i Talló</i>	15
Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la clausura del Año Sacerdotal	16
El santo Cura de Ars, modelo de vida interior <i>Carlos Mas de Xaxars Gassó, pbro.</i>	20
Consagración de Navarra al Corazón de Jesús <i>Santiago Arellano Librada, hnssc</i>	24
Homilía de monseñor Francisco Pérez González el día de la consagración de Navarra al Sagrado Corazón	29
El padre Jerzy Popieluszko (1947-1984): un mártir de nuestros tiempos <i>Marcin Kazmierczak</i>	31
El Sagrado Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles <i>F. Villarrubias G.</i>	34
In memoriam. Miguel Ferrer Flórez (1922-2009) <i>Santiago M. Amer</i>	36
Contemplando la vida de Cristo. Jesús reside en Cafarnaúm <i>Ramón Gelpí</i>	37
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	39
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	40
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	42
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	44

RAZÓN DEL NÚMERO

ENTRE el 27 y el 30 de mayo tuvo lugar en Toledo el X Congreso Eucarístico Nacional. La Ciudad Primada acogía por segunda vez (la primera fue en 1926) un acto de esta relevancia. Desde que, en 1881, gracias a la incansable labor de madame Tamisier, se organizó en la ciudad francesa de Lille el primer Congreso Eucarístico Internacional, no han cesado de celebrarse a nivel nacional e internacional estas reuniones que tienen como objetivo promover el culto público a Cristo en la Eucaristía. Desde los primeros siglos la Iglesia ha insistido en la excelencia del culto y la devoción a la Hostia consagrada, tanto ante el sagrario como en las manifestaciones públicas; tanto en la adoración eucarística como en las solemnes procesiones, singularmente las del día del Corpus. Los papas y los santos no han cesado de ponderar la necesidad de rendir culto a la presencia real de Cristo en la Eucaristía, incluso algunas veces invalidando la infundada objeción de que la Consagración se hace sólo para comer el Cuerpo del Señor. La enseñanza pontificia es riquísima en este sentido y el Congreso de Toledo es una buena ocasión para recordarla. Las dos crónicas dedicadas al Congreso ponen de manifiesto la riqueza y variedad de un programa en el que se conjugan la piedad y la ciencia con los objetivos propuestos de hacer conocer, amar y servir a Jesús Eucaristía; fortalecer la fe y el testimonio de los cristianos; y reflexionar, orar y encontrar propuestas sobre la pastoral evangelizadora a través de la celebración gozosa del misterio de la presencia sacramental de Cristo resucitado.

Nos hacemos eco también de otro acto público: la consagración de Navarra al Corazón de Jesús, oficiada por el arzobispo de Pamplona, monseñor Francisco Pérez González, el pasado 20 de junio. En un momento en el que se quiere retirar de la vida pública todo signo religioso, quitar los crucifijos de las escuelas y ayuntamientos, los monumentos al Corazón de Jesús, y por supuesto retirar toda referencia religiosa de la legislación y de la educación, la Iglesia en Navarra quiere seguir diciendo al mundo que nadie tiene tanto derecho a tener un monumento como Jesucristo, por el amor que nos tiene. Así lo expresaron los presentes de manera colectiva: «Nos consagramos a tu Sagrado Corazón... Reina en nuestros corazones, en nuestras familias, en nuestra diócesis de Pamplona-Tudela, en Navarra y en el mundo entero. Nos ofrecemos nosotros mismos, todo lo que somos y tenemos. Haznos instrumentos de tu amor y de tu paz».

Por último, queremos llamar la atención de nuestros lectores hacia el artículo de Marcin Kazmierczak sobre su compatriota, el mártir padre Jerzy Popieluszko, beatificado el día 6 de junio. A la emotiva crónica de su vida y de su martirio se une el testimonio personal de quien, siendo un niño, pudo conocerle personalmente.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

La adoración eucarística

En nuestros días podemos gozosamente constatar en la vida de la Iglesia la multiplicación de iniciativas en torno a la Adoración eucarística. Nuevos movimientos con marcado carácter eucarístico, grupos de adoración diurna y nocturna, capillas con adoración perpetua, reuniones multitudinarias de jóvenes con actos de adoración eucarística, son manifestaciones diversas de esta renovación de la piedad eucarística y concretamente de la adoración a la Eucaristía.

El magisterio de los últimos papas, especialmente Juan Pablo II y Benedicto XVI, ha insistido repetidamente en la importancia y la necesidad de la adoración eucarística para el cristiano de nuestros días. En un mundo tan radicalmente secularizado, caracterizado por la negación de todo lo sagrado y por el olvido del amor que Dios ha tenido con los hombres, la adoración eucarística es la invitación más eficaz para reconocer la necesidad que tiene el hombre de honrar a Dios mediante actos de adoración y de un modo especial contemplar el amor de un Dios que ha querido permanecer junto con los hombres en el misterio de su presencia sacramental.

Como muestra de este magisterio reproducimos algunos párrafos de distintos documentos y alocuciones de estos últimos pontífices.

«La Eucaristía es un tesoro inestimable»

El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa —presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino—, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual. Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas.

Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el «arte de la oración», ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos herma-

nos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!

Numerosos santos nos han dado ejemplo de esta práctica, alabada y recomendada repetidamente por el Magisterio. De manera particular se distinguió por ella San Alfonso María de Liguorio, que escribió: «Entre todas las devociones, ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros». La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia. Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, en el espíritu que he sugerido en las Cartas apostólicas *Novo millennio ineunte* y *Rosarium Virginis Mariae*, ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor.

JUAN PABLO II: *Ecclesia de Eucharistia*
17 de abril, 2003)

«La adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística»

Al observar la historia bimilenaria de la Iglesia de Dios, guiada por la sabia acción del Espíritu Santo, admiramos llenos de gratitud cómo se han desarrollado ordenadamente en el tiempo las formas rituales con que conmemoramos el acontecimiento de

nuestra salvación. Desde las diversas modalidades de los primeros siglos, que resplandecen aún en los ritos de las antiguas Iglesias de Oriente, hasta la difusión del rito romano; desde las indicaciones claras del Concilio de Trento y del Misal de san Pío V

hasta la renovación litúrgica establecida por el Concilio Vaticano II: en cada etapa de la historia de la Iglesia, la celebración eucarística, como fuente y culmen de su vida y misión, resplandece en el rito litúrgico con toda su riqueza multiforme. La XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, celebrada del 2 al 23 de octubre de 2005 en el Vaticano, ha manifestado un profundo agradecimiento a Dios por esta historia, reconociendo en ella la guía del Espíritu Santo. En particular, los Padres sinodales han constatado y reafirmado el influjo benéfico que ha tenido para la vida de la Iglesia la reforma litúrgica puesta en marcha a partir del Concilio Ecuménico Vaticano II. El Sínodo de los Obispos ha tenido la posibilidad de valorar cómo ha sido su recepción después de la cumbre conciliar. Los juicios positivos han sido muy numerosos. Se han constatado también las dificultades y algunos abusos cometidos, pero que no oscurecen el valor y la validez de la renovación litúrgica, la cual tiene aún riquezas no descubiertas del todo. En concreto, se trata de leer los cambios indicados por el Concilio dentro de la unidad que caracteriza el desarrollo histórico del rito mismo, sin introducir rupturas artificiosas.

Sínodo de los Obispos y Año de la Eucaristía

Además, se ha de poner de relieve la relación del reciente Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía con lo ocurrido en los últimos años en la vida de la Iglesia. Ante todo, hemos de pensar en el Gran Jubileo de 2000, con el cual mi querido Predecesor, el Siervo de Dios Juan Pablo II, ha introducido la Iglesia en el tercer milenio cristiano. El Año Jubilar se ha caracterizado indudablemente por un fuerte sentido eucarístico. No se puede olvidar que el Sínodo de los Obispos ha estado precedido, y en cierto sentido también preparado, por el Año de la Eucaristía, establecido con gran amplitud de miras por Juan Pablo II para toda la Iglesia. Dicho Año, iniciado con el Congreso Eucarístico Internacional de Guadalajara (México), en octubre de 2004, se concluyó el 23 de octubre de 2005, al final de la XI Asamblea Sinodal, con la canonización de cinco beatos que se han distinguido especialmente por la piedad eucarística: el obispo Józef Bilczewski, los presbíteros Cayetano Catanoso, Segismundo Gorazdowski, Alberto Hurtado Cruchaga y el religioso capuchino Félix de Nicosia. Gracias a las enseñanzas expuestas por Juan Pablo II en la Carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, y a las valiosas sugerencias de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, las diócesis y las diversas entidades eclesiales han emprendido numerosas iniciativas para despertar y acrecentar en

los creyentes la fe eucarística, para mejorar la dignidad de las celebraciones y promover la adoración eucarística, así como para animar una solidaridad efectiva que, partiendo de la Eucaristía, llegara a los pobres. Finalmente, es necesario mencionar la importancia de la última encíclica de mi venerado Predecesor, *Ecclesia de Eucharistia*, con la que nos ha dejado una segura referencia magisterial sobre la doctrina eucarística y un último testimonio del lugar central que este divino Sacramento tenía en su vida.

Adoración y piedad eucarística

Relación intrínseca entre celebración y adoración

Uno de los momentos más intensos del Sínodo fue cuando, junto con muchos fieles, nos desplazamos a la Basílica de San Pedro para la adoración eucarística. Con este gesto de oración, la asamblea de los Obispos quiso llamar la atención, no sólo con palabras, sobre la importancia de la relación intrínseca entre celebración eucarística y adoración. En este aspecto significativo de la fe de la Iglesia se encuentra uno de los elementos decisivos del camino eclesial realizado tras la renovación litúrgica querida por el Concilio Vaticano II. Mientras la reforma daba sus primeros pasos, a veces no se percibió de manera suficientemente clara la relación intrínseca entre la santa Misa y la adoración del Santísimo Sacramento. Una objeción difundida entonces se basaba, por ejemplo, en la observación de que el Pan eucarístico no habría sido dado para ser contemplado, sino para ser comido. En realidad, a la luz de la experiencia de oración de la Iglesia, dicha contraposición se mostró carente de todo fundamento. Ya decía san Agustín: «*nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit; [...] peccemus non adorando* – Nadie come de esta carne sin antes adorarla [...], pecaríamos si no la adoráramos». En efecto, en la Eucaristía el Hijo de Dios viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros; la adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia. Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos. Precisamente así, y sólo así, nos hacemos una sola cosa con Él y, en cierto modo, pregustamos anticipadamente la belleza de la liturgia celestial. La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica. En efecto, «sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la

Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros».

Práctica de la adoración eucarística

Por tanto, juntamente con la asamblea sinodal, recomiendo ardientemente a los Pastores de la Iglesia y al Pueblo de Dios la práctica de la adoración eucarística, tanto personal como comunitaria. A este respecto, será de gran ayuda una catequesis adecuada en la que se explique a los fieles la importancia de este acto de culto que permite vivir más profundamente y con mayor fruto la celebración litúrgica. Además, cuando sea posible, sobre todo en los lugares más poblados, será conveniente indicar las iglesias u oratorios que se pueden dedicar a la adoración perpetua. Recomiendo también que en la formación catequética, sobre todo en el ciclo de prepa-

ración para la Primera Comunión, se inicie a los niños en el significado y belleza de estar con Jesús, fomentando el asombro por su presencia en la Eucaristía.

Además, quisiera expresar admiración y apoyo a los Institutos de vida consagrada cuyos miembros dedican una parte importante de su tiempo a la adoración eucarística. De este modo ofrecen a todos el ejemplo de personas que se dejan plasmar por la presencia real del Señor. Al mismo tiempo, deseo animar a las asociaciones de fieles, así como a las Cofradías, que tienen esta práctica como un compromiso especial, siendo así fermento de contemplación para toda la Iglesia y llamada a la centralidad de Cristo para la vida de los individuos y de las comunidades.

BENEDICTO XVI: *Sacramentum caritatis*
22 de febrero de 2007

«La adoración fuera de la santa misa... hace posible una acogida verdadera y profunda de Cristo»

La actual solemnidad del Corpus Christi, que en el Vaticano y en varias naciones ya se celebró el jueves pasado, nos invita a contemplar el misterio supremo de nuestra fe: la santísima Eucaristía, presencia real de nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento del altar. Cada vez que el sacerdote renueva el sacrificio eucarístico, en la oración de consagración repite: «Esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre». Lo dice prestando la voz, las manos y el corazón a Cristo, que ha querido quedarse con nosotros y ser el corazón latente de la Iglesia.

Pero también después de la celebración de los divinos misterios el Señor Jesús sigue vivo en el sagrario; por eso lo alabamos especialmente con la adoración eucarística, como recordé en la reciente exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (cf. nn. 66-69). Más aún, existe un vínculo intrínseco entre la celebración y la adoración. En efecto, la santa misa es en sí misma el mayor acto de adoración de la Iglesia: «Nadie come de esta carne –escribe san Agustín–, sin antes adorarla» (*Enarr. in Ps.* 98, 9: CCL XXXIX, 1385). La adoración fuera de la santa misa prolonga e intensifica lo que ha acontecido en la celebración litúrgica, y hace posible una acogida verdadera y profunda de Cristo.

Hoy, además, en las comunidades cristianas de todas las partes del mundo se tiene la procesión eucarística, singular forma de adoración pública de la Eucaristía, enriquecida con hermosas y tradicionales manifestaciones de devoción popular. Quisiera aprovechar la oportunidad que me ofrece esta solemnidad para recomendar vivamente a los pastores

y a todos los fieles la práctica de la adoración eucarística. Expreso mi aprecio a los institutos de vida consagrada, así como a las asociaciones y cofradías que se dedican de modo especial a la adoración eucarística: invitan a todos a poner a Cristo en el centro de nuestra vida personal y eclesial.

Asimismo, me alegra constatar que muchos jóvenes están descubriendo la belleza de la adoración, tanto personal como comunitaria. Invito a los sacerdotes a estimular a los grupos juveniles, y también a seguirlos, para que las formas de adoración comunitaria sean siempre apropiadas y dignas, con tiempos adecuados de silencio y de escucha de la palabra de Dios. En la vida actual, a menudo ruidosa y dispersiva, es más importante que nunca recuperar la capacidad de silencio interior y de recogimiento: la adoración eucarística permite hacerlo no sólo en torno al «yo», sino también en compañía del «Tú» lleno de amor que es Jesucristo, «el Dios cercano a nosotros».

Que la Virgen María, Mujer eucarística, nos introduzca en el secreto de la verdadera adoración. Su corazón, humilde y sencillo, estaba siempre centrado en el misterio de Jesús, en el que adoraba la presencia de Dios y de su Amor redentor. Que por su intercesión aumente en toda la Iglesia la fe en el Misterio eucarístico, la alegría de participar en la santa misa, especialmente en la del domingo, y el deseo de testimoniar la inmensa caridad de Cristo.

BENEDICTO XVI: Ángelus del 10 de junio de 2007

Retazos del Congreso Eucarístico de Toledo

MANUEL GLEZ LÓPEZ-CORPS*

«Me acercaré al altar de Dios, la alegría de mi juventud»

CON este lema tomado del salmo 42 se convocó el X Congreso Eucarístico Nacional de España (Toledo, 27-30 de mayo de 2010). Esta antífona sálmica se usó durante siglos en la liturgia romana como parte de los ritos preparatorios de la Misa en las gradas del altar. Es, también, el mismo versículo con el que comienza la antigua *Plegaria Eucarística* del rito hispano: la liturgia que tuvo su esplendor en época visigótica, perduró durante las dificultades gracias al fervor mozárabe, conoció la restauración cisneriana y ahora, tras el Concilio Vaticano, se mantiene viva no sólo en Toledo sino también en otros lugares de España. Este Congreso, sin duda, se ha caracterizado por sus celebraciones orantes con un acento gotho-hispano llamado comúnmente *mozárabe* y con una proyección juvenil. En efecto, los obispos españoles, en el mensaje de convocatoria escribían: «El Congreso se ofrece a todos los fieles cristianos, pero los obispos españoles deseamos que llegue sobre todo a los jóvenes. Por eso, el lema está tomado del salmo 42,4: “Me acercaré al altar de Dios, la alegría de mi juventud”, para poner a los jóvenes también como destinatarios, con la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011 en el horizonte». Como ya se ha puesto suficientemente de manifiesto el aspecto teológico acentuaremos aquí el aspecto orante y la proyección hacia la Jornada Mundial de la Juventud.

I. Sacramento de la Presencia

LA Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia» (*Ecclesia de Eucharistia*, 9). Para profundizar en su conocimiento, revitalizar la celebración y la adoración eucarísticas, y vivir la Eucaristía como signo de caridad, los pastores de la Iglesia en España han invitado a participar en este X Congreso Eucarístico Nacional. El Sacramento *celebrado, adorado y vivido*

constituyen la triple faceta de los congresos eucarísticos, cuyas dimensiones son la oración, el estudio, la reflexión, la celebración, la adoración, la reparación, la comunión, la caridad y la misión.

En esta primera parte del año 2010 –dedicado a la contemplación de Cristo, el Sacerdote fiel, y de oración por la fidelidad de sus ministros–, la tarde del jueves 27 de mayo –festividad litúrgica de Jesucristo *Sumo y Eterno Sacerdote*– comenzó el décimo Congreso Eucarístico de la historia de la Iglesia en España. Su primer acto, presidido por el presidente de la Conferencia Episcopal, fue un lucernario y el canto procesional de las letanías de Cristo Sacerdote desde el seminario hasta la catedral primada para la celebración del Oficio de Vísperas con la renovación de las promesas de su ordenación por cientos de presbíteros, no sólo de la diócesis de Toledo –que acogía el encuentro– sino también de los representantes de tantas Iglesias particulares.

Lignum Vitae: el anuncio de la Palabra para la Vida

EL viernes, día 28 de mayo, estuvo marcado por el misterio de la Cruz gloriosa actualizado en la Eucaristía. El auditorio del Hotel Beatriz acogió las ponencias del escriturista toledano del Instituto San Ildefonso, Ángel Corrochano G. de Buitrago, «Intimidad y traición en la Última Cena. Reflexiones bíblicas» y de monseñor Ricardo Blázquez Pérez, nuevo arzobispo de Valladolid y vicepresidente de la CEE, que disertó brillantemente sobre «Eucaristía y unidad de la Iglesia».

En la tarde se desarrollaron tres mesas redondas: «La Eucaristía y la religiosidad popular», «El rito hispano-mozárabe» y «La Eucaristía, sacramento de caridad y de compromiso apostólico». Los respectivos moderadores de las mismas fueron –por parte de la diócesis anfitriona– monseñor Carmelo Borobia, obispo auxiliar; Ángel Fernández-Collado, provicario general y José Antonio Jiménez, delegado de Apostolado Seglar.

A la caída de la tarde, y tras la solemne recepción en la catedral del delegado pontificio cardenal Angelo Sodano, decano del colegio cardenalicio, el arzobispo primado monseñor Braulio Rodríguez Plaza presidía la solemne Misa de la Santa Cruz en rito

*Don Manuel Glez López-Corps es profesor de Liturgia en la Facultad de teología de San Dámaso, de Madrid.

hispano-mozárabe. El canto fue sostenido por la comunidad de HH. del Cordero y la *schola* del Seminario, cuyos alumnos aseguraron también el servicio del altar.

Por la noche, entregada por el cardenal arzobispo de Madrid en la Puerta del Cambrón y escoltada por los jóvenes de la delegación toledana, llegó a Toledo la cruz y el icono mariano de las Jornadas Mundiales de la Juventud. El arzobispo de Toledo esperó el Madero Santo junto con la comunidad franciscana de San Juan de los Reyes y lo adoró descalzo. En las cuatro estaciones del recorrido hasta la catedral primada –y siempre según la costumbre hispana– cuatro diáconos proclamaban la Palabra del Señor hacia los puntos cardinales. Los congresistas y la muchedumbre de jóvenes escoltaron la Cruz hasta la última estación en la que el coro juvenil diocesano aclamó al Resucitado con el canto de inspiración mozárabe *Venció el León*. Cientos de jóvenes que acompañaban al delegado diocesano de juventud, padre Raúl Tinajero, aseguraron después la oración en la Catedral.

Sacramentum Vitae: Palabra, Baño, Óleo y Banquete

LA iniciación cristiana centró la jornada del sábado día 29. Dos ponencias se desarrollaron por la mañana: «El misterio eucarístico en el rito hispano-mozárabe», por el profesor de Sacramentaria en la Facultad de San Dámaso, Manuel G. López-Corps y «La Eucaristía, comunidad de vida», por monseñor Francisco Javier Martínez Fernández, arzobispo de Granada.

En la catedral, una serie de testimonios sobre la piedad eucarística de Manuel Lozano Garrido, *Lolo*, Teresa Enríquez, Luis de Trelles y la madre Teresa de Calcuta se alternaron con una audición de música de órgano.

Por la tarde una cuidada celebración con elementos de la tradición visigótico-mozárabe comenzó en la antigua sinagoga de Santa María la Blanca: bendición del agua y la sal para la renovación bautismal, acción de gracias por el Crisma e inicio de la adoración eucarística. La procesión con el Santísimo Sacramento recorrió las calles del viejo Toledo. El arzobispo primado con doce presbíteros y siete diáconos escoltaron el Sacramento de la Vida acompañados por decenas de obispos que peregrinaron entre miles de fieles hasta llegar a la catedral primada para la adoración nocturna. Los monasterios de monjas contemplativas, a las que el arzobispo de Toledo había escrito con este motivo, se unieron a la oración en esa noche –memoria de la Iniciación Cristiana– que nos adentraba en el domingo, día en que

Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal.

El día 30, domingo de la Santísima Trinidad, comenzó con el Oficio de Laudes y la salutación a la Santísima Virgen. El Congreso –donde tuvieron su lugar los niños de la diócesis con actos propios– concluiría con la celebración de la Misa estacional –en rito romano– presidida por el cardenal delegado pontificio y concelebrada por los obispos de las diócesis españolas.

II. Participación en un evento de gracia

DE un Congreso queda lo que queda: unas actas que pocos leerán y testimonios gráficos de un evento bello en su expresión; pero, sobre todo, permanece la experiencia. Y este X Congreso Eucarístico Nacional la ha provocado con admiración:

1. *Experiencia orante de las celebraciones*. Se ha rezado y en la oración se ha descubierto el tesoro que encierra nuestra antigua liturgia heredada de los visigodos, conservada por los mozárabes y custodiada en Toledo. Un grupo de expertos y entusiastas han pasado el trapo del polvo y el diamante ha vuelto a relucir. Buen ejemplo de lo que hay que seguir haciendo en el futuro. Celebraciones contemplativas donde se ha aprendido que el significado de la palabra *adoratio* (adoración) no es otro que el de «estupor» (*adoratio* significa llevarse la mano a la boca por la admiración que algo produce).

2. *Celebraciones en la calle*: con las letanías de los presbíteros el jueves sacerdotal, con la procesión de los jóvenes cargando la Cruz en la tarde del viernes y con el solemne traslado del Santísimo la noche del sábado al domingo. En todas se ha seguido el esquema de la tradición hispana más genuina. Esto lo han entendido los congresistas y el pueblo cristiano según se participaba cada día en las diversas celebraciones temáticas. Era preciso estar presente, hacer el itinerario para ir descubriendo paulatinamente la profundidad que la liturgia eucarística encierra dando el paso del signo al significado, es decir, haciendo mistagogía.

3. *El descubrimiento de la liturgia como escuela de oración*. Esto se puso de manifiesto ya desde el Oficio de Vísperas en la celebración inaugural. Y el objetivo se ha cumplido: en el Congreso se ha enseñado a orar orando. Para ello el arzobispo primado pidió la colaboración de la dirección del Bienio de Teología Litúrgica de la Facultad de San Dámaso.

Se formó una comisión de estudiosos jóvenes de diversas diócesis españolas con tres grupos estables de trabajo. Como secretario general actuó el director de Libros Litúrgicos de la CEE, profesor M. Fanjul.

Desde la perspectiva de la oración y la celebración se puede entender una de las claves del Congreso:

a. El *jueves*, en la fiesta de Cristo Sacerdote de este año dedicado por el papa Benedicto XVI a la contemplación del sacerdocio de Jesucristo y de sus ministros, ha ofrecido el pórtico de este Encuentro. En el seminario tuvo lugar la *statio* donde abundante número de presbíteros, cuando la luz del día ya iba de caída, confesaban a Cristo como Luz y Paz de este mundo. En la renovación de sus promesas sacerdotales –que tanto acostumbraba a realizar el siervo de Dios, García Lahiguera– se comprometerían a ser reflejos de esa luz e instrumentos de paz. La procesión –acompañada del canto de las letanías sacerdotales que difundió Juan Pablo II– culminaría en la catedral primada. Con el gesto de la oblación del incienso ante el altar concluían las oraciones devocionales tomadas de la tradición hispana para dar paso al canto de los salmos del Oficio de Vísperas. Largas y pausadas introducciones, cantos bien ejecutados por la coral del seminario y oraciones sálmicas manifestaban a la Iglesia en oración. Esta celebración inicial, presidida desde el lucernario y procesión hasta el Oficio vespertino por el presidente de la Conferencia Episcopal, marcó la pauta de los tres días. Las palabras del cardenal Rouco Varela abrieron solemnemente los trabajos y oraciones de este X Congreso Eucarístico.

b. El *viernes* estuvo subrayado por la presencia de la Cruz vivificante: llegaba a Toledo la Cruz de los Jóvenes que presidirá en Madrid 2011 la Jornada Mundial de la Juventud. El árbol santo, flanqueado por el icono de la Madre, entraba en una ciudad repleta de jóvenes que aclamaban al que en el madero nos dio nueva vida; al que entregándose como Cordero en el árbol de la Cruz fue resucitado con la fuerza del León. La voz de los diáconos resonó en la noche anunciando a los cuatro vientos la Buena Noticia de Jesucristo ya que la escucha de la Palabra de Dios, que es proclamada en la celebración eucarística, nos hace entender y vivir el misterio de la Cruz. Los jóvenes que habían preparado con esmero este encuentro ofrecieron un testimonio público de oración ante propios y extraños.

c. El encuentro de oración *tras las primeras vísperas del Domingo* ofrecía a los congresistas la iden-

idad y unidad de la iniciación cristiana (*Bautismo, Confirmación, Eucaristía*) según se hace cada año en la solemne Vigilia Pascual. En la antigua sinagoga, luego iglesia de Santa María la Blanca, nuestros hermanos mayores de la Primera Alianza han proclamado la Ley de Dios y escuchado a los profetas. En ella ha resonado el mensaje del Evangelio, confiado a los Apóstoles, por un sucesor suyo: el arzobispo primado de España, superior del Rito Hispano. Todos, obispos y fieles, han escuchado la Palabra divina que nos propone vida: naciendo de nuevo por el agua (Bautismo) y el Espíritu de la unción (Crismación) y en la comunión con el Señor que nos diviniza (Eucaristía). La renovación de las promesas del Bautismo realizadas según los usos de la antigua *Gothia* –mantenidos por los mozárabes– se hicieron actuales por la fe de los participantes.

Los libros que la Comisión litúrgica había preparado y que cada participante tenía en sus manos para seguir la celebración serían de no poca ayuda para profundizar en aquella sugestiva celebración que invitó a la renuncia pública a Satanás y a la confesión de fe en la Trinidad santa: Dios que nos hizo suyos en el Bautismo.

Sabiendo que hemos sido dedicados a Él por los sacramentos se dio gracias al Señor por la presencia del Espíritu –evocado por el Crisma– que nos ha marcado para difundir y defender la fe.

Los cristianos, iniciados en Cristo, proponen a todos el seguimiento del Señor mostrando lo que se descubre al *acercarse al altar*: el sacramento de Jesucristo. Con ese espíritu se llevó por las viejas y tortuosas calles de la ciudad vieja al que es la auténtica *alegría de la juventud*. La procesión nocturna, alumbrada con las lucernas, expresaba entre cantos, silencios y salmos bíblicos la fe de la Iglesia. Instalado el Santísimo –al llegar a la iglesia catedral– en la bella custodia de Arfe la adoración se prolongaría durante toda la noche del sábado al domingo, día de la Resurrección.

III. Retos de futuro

A la hora de hacer balance y de afrontar el futuro se debe tener en cuenta la triple finalidad de un Congreso Eucarístico:

1. hacer conocer, amar y servir a Jesús Eucaristía;
2. favorecer el fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos;
3. reflexionar, orar y encontrar propuestas sobre la pastoral evangelizadora a través de la celebración gozosa del misterio de la presencia sacramental de Cristo Resucitado.

Decían algunos obispos que en el Congreso se hablaba de oración, del clima de las celebraciones, de la sorpresa que ha producido el encuentro con elementos de la tradición cristiana española. Y es que no es lo mismo un Congreso Eucarístico en España que en Canadá. Nuestra rica tradición se ha puesto de manifiesto cada tarde de manera accesible a todos. Habrá que seguir recorriendo este camino.

Ilusión y esfuerzos no se han escatimado en esos tres días de mayo: eso mantuvo a flote esta magna concentración y la llevó a buen puerto. Cabe preguntarse si con tan poca propaganda, parca difusión y escaso apoyo se han vivido tales experiencias de gracia ¿qué hubiera sido si los responsables de cada diócesis o los movimientos y asociaciones lo hubieran preparado, acogido y difundido como propio?

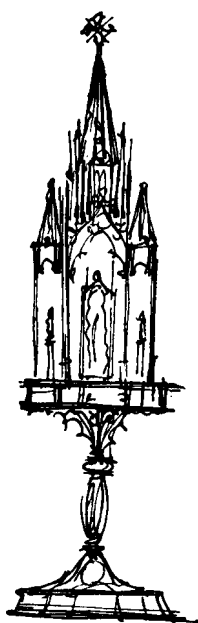
El desafío parte de la memoria: en la Eucaristía, cumbre de la iniciación cristiana, se nos da la vida de resucitados como un don, se fortalece por el Espíritu Santo y se celebra cada domingo e incluso cada día. Lo recordaban nuestros obispos en la convocatoria del Congreso:

«Estamos seguros, sin embargo, de que la vida verdadera que nos da Jesucristo nace justamente de su Misterio pascual; esto es, del ofrecimiento del

Hijo de Dios al Padre, cuando entrega su vida en sacrificio en la Cruz y, resucitado, ofrece a cada hombre la vida nueva, que el Bautismo inaugura, la Confirmación fortalece y la Eucaristía alimenta. He aquí la vida que se ofrece a todos; es la vida que explica y da sentido a la existencia; la que han vivido tantos discípulos de Cristo a lo largo de la historia; la que ha llevado a la vivencia del amor nupcial a los esposos cristianos; la que ha suscitado en las diversas formas de seguimiento de Cristo el testimonio de la adoración eucarística que nutre la fidelidad de los consagrados en torno a esta presencia del Señor; la que lleva a la misión cristiana y a la vivencia de la caridad y la justicia».

Entre los retos está la misión que tenemos ante nosotros en un tiempo de crisis moral y económica: la vivencia de la caridad y la justicia. El calendario y los diversos encuentros nacionales están siendo un acicate. Santiago de Compostela todo el año, Toledo en mayo y Barcelona en noviembre se han convertido en 2010 en una triple referencia para profundizar en la gracia de nuestra vocación cristiana, sentirnos agradecidos por nuestra pertenencia a la Iglesia y, con espíritu de entrega, dar testimonio ante el mundo del misterio de aquel que ha venido para que todos tengan vida (cf. Jn 10, 10).

CUANDO EN MIS MANOS...



Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro
Y la cándida víctima levanto,
De mi atrevida indignidad me espanto
Y la piedad de vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro,
Tal vez la doy al amoroso llanto;
Que, arrepentido de ofenderte tanto,
Con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos;
Que por las sendas de mi error siniestras
Me despeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las miserias nuestras
Que a quien os tuvo en sus indignas manos
Vos le dejéis de las divinas vuestras.

LOPE DE VEGA

Acercarse con alegría al altar de Dios

El Congreso Eucarístico de Toledo, 2010

GUILLERMO PONS PONS

EL lema con el que se ha promovido y realizado este congreso nacional de carácter eucarístico, el décimo de esta categoría que se ha celebrado en España, nos sugiere un magnífico panorama de fe y de esperanza en torno al Santísimo Sacramento, gran don del amor de Cristo a su Iglesia, como lo expresaba el himno del gran jubileo del año 2000, en que figuran estos versos: «¡Gloria al Señor! Él nos amó / y el Jueves Santo entregó / su cuerpo y sangre en vino y pan: / sin medida su amor nos da. / Amén. Aleluya! Diez años después de ese jubileo la Iglesia española se reúne en Toledo para proclamar su fe y fortalecer su vida cristiana bajo la luz y la guía del Buen Pastor que está en medio de su pueblo y ante cuya presencia eucarística exclama llena de fe: «Adoremos a Cristo Redentor».

El espléndido panorama de la naturaleza, que además aparece adornado con la magnificencia del arte cristiano en torno a la imperial ciudad de Toledo ¿acaso no viene a ser como un espléndido cántico de las criaturas y una contribución del genio de muchos artífices, con todo lo cual se ensalza la gloria de Dios y el inmenso don de la presencia eucarística en medio del pueblo que Cristo ha reunido?

¡Cuán numerosos son los santos y gloriosos mártires que han florecido en esa Iglesia primada de España! ¿No es ello un claro exponente de la fructificación de la vivencia eucarística que a través de los siglos se ha producido? Ciertamente Toledo es uno de los lugares más emblemáticos que podía escogerse para el Congreso eucarístico, que es ya el segundo de carácter nacional que en esta ciudad se ha celebrado. Otro, en efecto, tuvo lugar en 1926. Y me parece que cobra un especial significado el observar con espíritu de fe y con una visión histórica comprensiva el decurso de los ochenta y cuatro años que han transcurrido entre estos dos congresos.

El primero se celebró bajo la experta guía del entonces arzobispo de Toledo, el cardenal Enrique Reig y Casanova, un prelado de gran prestigio, que supo dar un gran impulso y un intenso calor de espiritualidad apostólica a este acontecimiento de especial resonancia eclesial. En junio del mismo año el cardenal Reig había participado en el Congreso Eucarístico Internacional de Chicago. Representó, sin duda, un notable esfuerzo a su edad de 67 años

el viaje por mar a Estados Unidos, pero el prelado poseía una gran capacidad de trabajo y supo dar una fructuosa eficacia al congreso de Toledo, a cuya celebración se unía el poner en marcha la organización nacional de la Acción Católica en España.¹

Le quedaba al cardenal Reig poco tiempo de vida, ya que falleció en el siguiente año de 1927. En la sesión de clausura él había manifestado su esperanza de unos copiosos frutos derivados del congreso, y ciertamente podemos descubrir que ello sería una realidad más fecunda y provechosa de lo que cabía esperar, si lo consideramos bajo la luz de la fe. En efecto, diez años después de esa gran concentración eclesial española sobrevendría en el año 1936 una gran floración de mártires por la fe.

Resulta efectivamente que, a pesar de la triste realidad del trágico enfrentamiento de la guerra civil española, no se puede olvidar que el heroico comportamiento de tantas personas, obispos, sacerdotes y seglares, que fueron inmolados por razón de su sacerdocio y de su fidelidad a Cristo, constituye una de las más excelsas glorias y uno de los más preclaros testimonios que se han producido a lo largo de los veinte siglos de la Iglesia. Las palabras que el padre Hoyos, recientemente beatificado, manifestó haber escuchado místicamente de labios de Cristo: «Reinaré en España...» podemos considerarlas como un misterioso anuncio de esa gran prueba y victoria de la fe. ¡Confiemos en que con la gracia de Cristo sean también muy copiosos los felices resultados para la Iglesia española de la celebración del nuevo Congreso Eucarístico en Toledo!

En el marco del Año Sacerdotal

RESULTA muy significativo que el Congreso recién celebrado se abriera en la festividad de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote. En procesión desde el seminario a la catedral el pueblo acompañó a sacerdotes y seminaristas para ir a rezar Vísperas, manifestándose así una cordial vincula-

1. Cf. LUIS CANO, «Reinaré en España». *La mentalidad católica a la llegada de la Segunda República*, Ediciones Encuentro, Madrid 2008, pp. 234-238.



ción entre fieles y ministros de la Eucaristía y una muy palpable sintonía con los ideales proclamados por el Papa al inaugurar el Año Sacerdotal que está finalizando. El cardenal Rouco en la homilía de este acto litúrgico con palabras claras y enjundiosos conceptos manifestaba la riqueza de contenido eclesial y eucarístico que ha configurado la celebración del Congreso, expresándolo de este modo:

«El papa Benedicto XVI nos ha recordado insistentemente que este Año Sacerdotal tiene como finalidad favorecer la tensión de todo el presbiterio hacia la perfección espiritual de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio, y ayudar ante todo a los sacerdotes, y con ellos a todo el pueblo de Dios, a redescubrir y fortalecer más la conciencia del extraordinario e indispensable don de gracia que el ministerio ordenado representa para quien lo ha recibido, para la Iglesia entera y para el mundo, que sin la presencia real de Cristo estaría perdido. Sí, porque no podemos olvidar –hoy menos que nunca– que la seguridad para el hombre de poder acercarse al verdadero y definitivo altar de Dios, en el que se ha consumado la salvación del mundo, depende decisivamente del ministerio sacerdotal».²

2. *Alfa y omega*, 3-VI-2010, p. 13.

El martirologio español del siglo xx está colmado de testimonios que ponen de relieve de qué manera tan fecunda y eficaz la Eucaristía sostuvo y fortaleció a los mártires. Al obispo de Barcelona, don Manuel Irurita, le preguntaron al ser detenido si había celebrado misa en el lugar donde se había refugiado, y respondió: «No he dejado de celebrarla ni un solo día, y si aquí me dejan también lo haré; el mundo se sostiene por el sacrificio de la santa misa».

El agustino padre Félix García estando preso logró celebrar la Eucaristía en la cárcel el día de Navidad de 1936 y lo recuerda en un poema que escribió titulado *Roto el navío*, donde dice:

«¡Qué humildad en el aire!... Con el alma sumida y arrodillada inicio la santa Misa...
Las manos se me aníñan, la voz es balbuceo,
lágrimas la mirada y el gesto titubeo...
Me invade el gran dolor de la Misa postrera
y el cándido recuerdo de la Misa primera».³

En el paseo del Tránsito de Toledo el 23 de julio de 1936 sufría el martirio y hacía su tránsito hacia la gloria el beato Pedro Ruíz de los Paños, sacerdote plenamente dedicado a la formación de los seminaristas y al fomento de vocaciones sacerdotales, el cual vivamente anhelaba la gracia del martirio y que se despedía de los suyos diciéndoles: «Yo no tengo más deseo ni más esperanza que Jesús, de manera que allí, en el cielo, os espero».⁴ En la espiritualidad eucarística de estos sacerdotes radicaba su fidelidad que les sostuvo hasta el martirio.

Con la cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud

CENTENARES de jóvenes de Toledo, de Madrid y de otras diócesis se unían al Congreso con gozo y alegría que se transparentaban en sus rostros y que manifestaban espontáneamente en sus palabras. Tuvieron el viernes 28 de mayo su día dedicado a la Exaltación de la Santa Cruz, en que recibieron la cruz que ellos llevan a hombros por toda España y el icono de la Virgen, que han de figurar en las Jornadas que tendrán lugar con la presencia del Papa en Madrid el próximo año 2011. Se sentían felices de participar en este acontecimiento eclesial.

3. A. NAVARRO LISBONA, «Fervor eucarístico del clero español», *España Eucarística*, Sígueme, Salamanca 1952, p. 57.

4. M^a. Encarnación GONZÁLEZ, *Los primeros 179 santos y beatos del siglo xx en España*, Edice, Madrid 2008, p. 237.

Una de las participantes decía: «asistir una noche de viernes a un acto así, donde hay jóvenes testimoniando su cristianismo, es un momento de comunión muy importante» y un muchacho añadía: «los que tenemos experiencia de la Eucaristía vemos que en ella está la respuesta».⁵

También los niños se acercan a Jesús

MIL doscientos fueron los que divididos en sesenta grupos y al cargo de unos trescientos monitores participaron con gozo el sábado en los actos del Congreso. Estando todos reunidos y sentados en el suelo, al ver que se acercaba a ellos Jesús Sacramentado llevado en procesión, todos espontáneamente se levantaron y se pusieron de rodillas. Si se les instruye, ellos tienen una singular capacidad de amor y reverencia a la Eucaristía.

San Pío X, refiriéndose a la temprana comunión de los niños, efectuada con la debida preparación y en un clima de piedad eucarística, decía a cierta persona: «Por ella habrá santos entre los niños, y Vos lo veréis».⁶ En la Congregación romana para las Causas de los Santos hay copiosos testimonios acerca de ello. Un caso muy singular es el de Antonietta (Nennolina), cuya vida se apagó a los seis años de edad, en Roma, habiendo ya recibido la primera comunión y que sin perder las características de ingenuidad de la infancia avanzaba ya por los caminos de una espiritualidad marcada por la mística.⁷

Adoración nocturna

EN TRE las muchas asociaciones destinadas a fomentar la piedad y el culto eucarístico destaca la Adoración Nocturna Española, establecida en Madrid en 1877 y difundida muy pronto por toda la nación. No podía faltar su presencia en el Congreso. Una prolongada vigilia eucarística tuvo lugar en la noche del sábado al domingo en la preciosa iglesia conocida como Santa María la Blanca. Se trata de una antigua sinagoga de arquitectura

5. *Alfa y omega*, 3-VI-2010, p. 12.

6. Javier PAREDES, *Santos de pantalón corto*, Homolegens, Madrid 2008, p. 20.

7. Cf. Luigi BORRIELLO, *Con occhi semplici*, Librería Editrice Vaticana, Roma 2001.

califal, blanca y armoniosa, dedicada después a la Virgen, que con razón es contemplada e invocada como la «Hija de Sión». Ella que fue la que acogió en su seno al Hijo de Dios al realizarse el misterio de la Encarnación, ahora impulsa a los hijos de la Iglesia a recibir con pureza de conciencia a Jesús en el misterio de la Eucaristía y a adorar esa real presencia suya en el Santísimo Sacramento.

Después de la vigilia en procesión por las incomparables calles y plazas toledanas se acompañaba a Jesús sacramentado hasta la catedral donde tendría lugar la solemne Eucaristía conclusiva del Congreso.

La misa pontifical presidida por el legado pontificio

EN la mañana esplendorosa de la fiesta de la Santísima Trinidad se celebraba la Eucaristía en la magnífica catedral primada. La concelebración de unos cincuenta obispos y centenares de sacerdotes con el legado pontificio, cardinal Sodano se distinguió por la exquisitez de la liturgia y el recogimiento piadoso de toda la asamblea que llenaba las amplias naves del templo. La situación elevada del antiguo presbiterio favorecía el que todos pudieran contemplar los ritos sagrados.

El majestuoso retablo gótico realizado en tiempos del cardenal Cisneros ofrece una amplia visión de toda la historia de la Salvación en preciosos relieves que circundan el precioso tabernáculo, en el cual se inspiró Arfe para fabricar la famosa custodia que recorre las calles en la procesión del Corpus de Toledo.

La celebración resultó una excelente profesión de fe y una cordial acción de gracias. Su Eminencia el cardenal legado en su homilía sintetizó la contemplación del misterio trinitario junto con el de la Eucaristía, y recordando el texto de Ezequiel «Les daré otro corazón, y pondré en ellos un espíritu nuevo; quitaré de su cuerpo su corazón de piedra, y les daré un corazón de carne» (Ez 11, 19) puso de manifiesto lo que se nos da en la Eucaristía: «¡El Corazón de Cristo!». Y añadía: «Eso es, exactamente, una vez arrancada de su pecho la piedra del pecado y de la muerte, la humanidad nueva que puede ya palpitar con un corazón de carne, verdaderamente humano».⁸

8. *Alfa y omega*, 3-VI-2010, p. 7.

«El sacerdocio de Cristo conlleva el sufrimiento. Jesús sufrió verdaderamente, y lo hizo por nosotros»

Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la solemnidad del Corpus Christi

Basílica de San Juan de Letrán, jueves 3 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

El sacerdocio del Nuevo Testamento está íntimamente unido a la Eucaristía. Por esto, hoy, en la solemnidad del Corpus Christi y casi al final del Año Sacerdotal, se nos invita a meditar en la relación entre la Eucaristía y el sacerdocio de Cristo. En esta dirección nos orientan también la primera lectura y el salmo responsorial, que presentan la figura de Melquisedec. El breve pasaje del libro del Génesis (cf. 14, 18-20) afirma que Melquisedec, rey de Salem, era «sacerdote del Dios altísimo» y por eso «ofreció pan y vino» y «bendijo a Abram», que volvía de una victoria en batalla. Abraham mismo le dio el diezmo de todo. El salmo, a su vez, contiene en la última estrofa una expresión solemne, un juramento de Dios mismo, que declara al Rey Mesías: «Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec» (Sal 110, 4). Así, el Mesías no sólo es proclamado rey sino también sacerdote. En este pasaje se inspira el autor de la Carta a los Hebreos para su amplia y articulada exposición. Y nosotros lo hemos repetido en el estribillo: «Tú eres sacerdote eterno, Cristo Señor»: casi una profesión de fe, que adquiere un significado especial en la fiesta de hoy. Es la alegría de la comunidad, la alegría de toda la Iglesia que, contemplando y adorando el Santísimo Sacramento, reconoce en él la presencia real y permanente de Jesús, sumo y eterno sacerdote.

La segunda lectura y el Evangelio, en cambio, centran la atención en el misterio eucarístico. De la Primera Carta a los Corintios (cf. 11, 23-26) está tomado el pasaje fundamental, en el que san Pablo recuerda a la comunidad el significado y el valor de la «Cena del Señor», que el Apóstol había transmitido y enseñado, pero que corrían el riesgo de perderse. El Evangelio, en cambio, es el relato del milagro de la multiplicación de los panes y los peces, en la redacción de san Lucas: un signo atestiguado por todos los evangelistas y que anuncia el don que Cristo hará de sí mismo, para dar a la humanidad la vida eterna. Ambos textos ponen de relieve la oración de Cristo, en el acto de partir el pan. Naturalmente, hay una neta diferencia entre los dos momentos: cuando parte los panes y los peces para las multitudes, Je-

sús da gracias al Padre celestial por su Providencia, confiando en que no dejará que falte el alimento a toda esa gente. En la última Cena, en cambio, Jesús convierte el pan y el vino en su propio Cuerpo y Sangre, para que los discípulos puedan alimentarse de Él y vivir en comunión íntima y real con Él.

Lo primero que conviene recordar siempre es que Jesús no era un sacerdote según la tradición judía. Su familia no era sacerdotal. No pertenecía a la descendencia de Aarón, sino a la de Judá y, por tanto, legalmente el camino del sacerdocio le estaba vedado. La persona y la actividad de Jesús de Nazaret no se sitúan en la línea de los antiguos sacerdotes, sino más bien en la de los profetas. Y en esta línea Jesús se alejó de una concepción ritual de la religión, criticando el planteamiento que daba valor a los preceptos humanos vinculados a la pureza ritual más que a la observancia de los mandamientos de Dios, es decir, al amor a Dios y al prójimo, que, como dice el Señor, «vale más que todos los holocaustos y sacrificios» (Mc 12, 33). También en el interior del Templo de Jerusalén, lugar sagrado por excelencia, Jesús realiza un gesto típicamente profético, cuando expulsa a los cambistas y a los vendedores de animales, actividades que servían para la ofrenda de los sacrificios tradicionales. Así pues, a Jesús no se le reconoce como un Mesías sacerdotal, sino profético y real. Incluso su muerte, que los cristianos con razón llamamos «sacrificio», no tenía nada de los sacrificios antiguos, más aún, era todo lo contrario: la ejecución de una condena a muerte, por crucifixión, la más infamante, llevada a cabo fuera de las murallas de Jerusalén.

Entonces, ¿en qué sentido Jesús es sacerdote? Nos lo dice precisamente la Eucaristía. Podemos tomar como punto de partida las palabras sencillas que describen a Melquisedec: «Ofreció pan y vino» (Gen 14, 18). Es lo que hizo Jesús en la última Cena: ofreció pan y vino, y en ese gesto se resumió totalmente a sí mismo y resumió toda su misión. En ese acto, en la oración que lo precede y en las palabras que lo acompañan radica todo el sentido del misterio de Cristo, como lo expresa la Carta a los Hebreos en un pasaje decisivo, que es necesario citar: «En los días

de su vida mortal —escribe el autor refiriéndose a Jesús— ofreció ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas a Dios que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su pleno abandono a Él. Aun siendo Hijo, con lo que padeció aprendió la obediencia; y, hecho perfecto, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec» (5, 7-10). En este texto, que alude claramente a la agonía espiritual de Getsemaní, la pasión de Cristo se presenta como una oración y como una ofrenda. Jesús afronta su «hora», que lo lleva a la muerte de cruz, inmerso en una profunda oración, que consiste en la unión de su voluntad con la del Padre. Esta doble y única voluntad es una voluntad de amor. La trágica prueba que Jesús afronta, vivida en esta oración, se transforma en ofrenda, en sacrificio vivo.

Dice la Carta a los Hebreos que Jesús «fue escuchado». ¿En qué sentido? En el sentido de que Dios Padre lo liberó de la muerte y lo resucitó. Fue escuchado precisamente por su pleno abandono a la voluntad del Padre: el designio de amor de Dios pudo realizarse perfectamente en Jesús que, habiendo obedecido hasta el extremo de la muerte en cruz, se convirtió en «causa de salvación» para todos los que le obedecen. Es decir, se convirtió en sumo sacerdote porque Él mismo tomó sobre sí todo el pecado del mundo, como «Cordero de Dios». Es el Padre quien le confiere este sacerdocio en el momento mismo en que Jesús cruza el paso de su muerte y resurrección. No es un sacerdocio según el ordenamiento de la ley de Moisés (cf. Lv 8-9), sino «según el rito de Melquisedec», según un orden profético, que sólo depende de su singular relación con Dios.

Volvamos a la expresión de la Carta a los Hebreos que dice: «Aun siendo Hijo, con lo que padeció aprendió la obediencia». El sacerdocio de Cristo conlleva el sufrimiento. Jesús sufrió verdaderamente, y lo hizo por nosotros. Era el Hijo y no necesitaba aprender la obediencia, pero nosotros sí teníamos y tenemos siempre necesidad de aprenderla. Por eso, el Hijo asumió nuestra humanidad y por nosotros se dejó «educar» en el crisol del sufrimiento, se dejó transformar por él, como el grano de trigo que, para dar fruto, debe morir en la tierra. A través de este proceso Jesús fue «hecho perfecto», en griego *teleiotheis*. Debemos detenernos en este término, porque es muy significativo. Indica la culminación de un camino, es decir, precisamente el camino de educación y transformación del Hijo de Dios me-

dante el sufrimiento, mediante la pasión dolorosa. Gracias a esta transformación Jesucristo llega a ser «sumo sacerdote» y puede salvar a todos los que le obedecen. El término *teleiotheis*, acertadamente traducido como «hecho perfecto», pertenece a una raíz verbal que, en la versión griega del Pentateuco —es decir, los primeros cinco libros de la Biblia— siempre se usa para indicar la consagración de los antiguos sacerdotes. Este descubrimiento es muy valioso, porque nos aclara que la pasión fue para Jesús como una consagración sacerdotal. Él no era sacerdote según la Ley, pero llegó a serlo de modo existencial en su Pascua de pasión, muerte y resurrección: se ofreció a sí mismo en expiación y el Padre, exaltándolo por encima de toda criatura, lo constituyó Mediador universal de salvación.

Volvamos a nuestra meditación, a la Eucaristía, que dentro de poco ocupará el centro de nuestra asamblea litúrgica. En ella Jesús anticipó su sacrificio, un sacrificio no ritual, sino personal. En la última Cena actúa movido por el «Espíritu eterno» con el que se ofrecerá en la cruz (cf. Hb 9, 14). Dando gracias y bendiciendo, Jesús transforma el pan y el vino. El amor divino es lo que transforma: el amor con que Jesús acepta con anticipación entregarse totalmente por nosotros. Este amor no es sino el Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y del Hijo, que consagra el pan y el vino y cambia su sustancia en el Cuerpo y la Sangre del Señor, haciendo presente en el Sacramento el mismo sacrificio que se realiza luego de modo cruento en la cruz. Así pues, podemos concluir que Cristo es sacerdote verdadero y eficaz porque estaba lleno de la fuerza del Espíritu Santo, estaba colmado de toda la plenitud del amor de Dios, y esto precisamente «en la noche en que fue entregado», precisamente en la «hora de las tinieblas» (cf. Lc 22, 53). Esta fuerza divina, la misma que realizó la encarnación del Verbo, es la que transforma la violencia extrema y la injusticia extrema en un acto supremo de amor y de justicia. Esta es la obra del sacerdocio de Cristo, que la Iglesia ha heredado y prolonga en la historia, en la doble forma del sacerdocio común de los bautizados y el ordenado de los ministros, para transformar el mundo con el amor de Dios. Todos, sacerdotes y fieles, nos alimentamos de la misma Eucaristía; todos nos prostamos para adorarla, porque en ella está presente nuestro Maestro y Señor, está presente el verdadero Cuerpo de Jesús, Víctima y Sacerdote, salvación del mundo. Venid, exultemos con cantos de alegría. Venid, adoremos. Amén.



La devoción a la Eucaristía del beato José Tous de Igualada

RVDO. FRANCESC XAVIER BISBAL I TALLÓ

EL beato José Tous y Soler, nacido en Igualada en 1811, fue elevado a los altares en presencia del cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado vaticano, en una solemne ceremonia el pasado 25 de abril en la basílica de Santa María del Mar de Barcelona, de la que ya se hizo eco esta revista.

Hoy vamos a trazar unos breves comentarios acerca de la devoción del beato José Tous hacia la Eucaristía. Toda su vida espiritual giró en torno a dos amores, a Jesús y a María. Jesús, concretado en su presencia real eucarística, fue el centro y foco de la piedad del beato igualadino.

Se cuenta que en el noviciado capuchino, por razón de su oficio en la sacristía, tuvo ocasiones más frecuentes y fáciles para saciar su sed de intenso amor a Jesús, haciendo frecuentes y prolongadas visitas al Sagrario.

La Adoración Perpetua de Toulouse

AÑOS más tarde, cuando tuvo que enfrentar una de las pruebas más duras de su vida: el exilio debido a la persecución vivida en España durante la desamortización, también dio muestras de especial devoción a Jesús Sacramentado. En 1837 se instaló en el monasterio de las benedictinas en Toulouse. Allí se practicaba la Adoración Perpetua y destacó por su colaboración a esa obra. En el llamado *Manuscrito*, breve relación acerca de su vida, se dice: «En Toulouse desempeñó el cargo de director de las religiosas benedictinas de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento. Estas religiosas estaban muy contentas de la dirección y buenos servicios que les prestaba el reverendo padre José Tous; pues además de dirigir las por el camino de la perfección, era como el capellán de la casa, corriendo a su cargo el celebrar la santa Misa todos los días y leer públicamente en la iglesia las meditaciones ante su Divina Majestad expuesto.

El 29 de agosto de 1842, nuestro reverendo padre se asoció a dicha Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, y con este motivo las mencionadas religiosas benedictinas le regalaron un pre-

cioso libro con canto dorado titulado: *Horas del Santísimo Sacramento o Manual de los asociados de la Adoración Perpetua* en testimonio del profundo respeto y gratitud que en el Señor le profesaban».

Consejos a sus hijas

EN marcha su instituto de religiosas de la Madre del Divino Pastor, su preocupación fue que sus hijas pudieran tener la reserva del Santísimo Sacramento en todos sus oratorios, y se prepararan fervorosamente para la Sagrada Comunión. «Antes de comulgar –les dice– pondrán gran cuidado en examinar bien sus conciencias, considerando nuestra indignidad y vileza y el nobilísimo don de Dios dado a nosotros con tanta caridad... y se pedirán perdón mutuamente diciendo: madres y hermanas, perdónenme por amor de Dios», escribió en el capítulo VI de la *Constitución primitiva*.

Su «eucarística» muerte

ERA el lunes 27 de febrero de 1871. Aquella mañana el padre Tous había madrugado más que de costumbre y sus dos sobrinos, que le ayudaban en la misa, ya se lo encontraron a punto de celebrar en la capilla del colegio de la calle Junqueras de Barcelona.

Sus biógrafos se preguntan si José Tous ya presentía su muerte. Empezó la misa con el fervor y unción que le caracterizaban. Cuando se acercaba al momento de la consagración, en el momento de bendecir la oblata, su cuerpo se encogió de un modo extraño, se inclinó y se desplomó. Las hermanas y colegialas presentes reaccionaron con terror y angustia y pidieron ayuda a los vecinos, para retirarlo del altar y despojarle de los ornamentos sagrados. Ya había fallecido. El párroco de San Francisco de Paula, Juan Miguel Torres, le administra los auxilios espirituales *sub conditione*, mientras el médico certifica la muerte. El cadáver estaba al pie del altar rodeado de sollozos...

«Nos hemos dejado guiar por el Cura de Ars para comprender de nuevo la grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal»

Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la clausura del Año Sacerdotal

Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús
Plaza de San Pedro, viernes 11 de junio de 2010

Queridos hermanos en el ministerio sacerdotal, queridos hermanos y hermanas:

El Año Sacerdotal que hemos celebrado, ciento cincuenta años después de la muerte del santo Cura de Ars, modelo del ministerio sacerdotal en nuestros días, llega a su fin. Nos hemos dejado guiar por el Cura de Ars para comprender de nuevo la grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal. El sacerdote no es simplemente alguien que detenta un oficio, como aquellos que toda sociedad necesita para que puedan cumplirse en ella ciertas funciones. Por el contrario, el sacerdote hace lo que ningún ser humano puede hacer por sí mismo: pronunciar en nombre de Cristo la palabra de absolución de nuestros pecados, cambiando así, a partir de Dios, la situación de nuestra vida. Pronuncia sobre las ofrendas del pan y el vino las palabras de acción de gracias de Cristo, que son palabras de transustanciación, palabras que lo hacen presente a Él mismo, el Resucitado, su Cuerpo y su Sangre, transformando así los elementos del mundo; son palabras que abren el mundo a Dios y lo unen a Él. Por tanto, el sacerdocio no es un simple «oficio», sino un sacramento: Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra «sacerdocio». Que Dios nos considere capaces de esto; que por eso llame a su servicio a hombres y, así, se una a ellos desde dentro, esto es lo que en este año hemos querido de nuevo considerar y comprender. Queríamos despertar la alegría de que Dios esté tan cerca de nosotros, y la gratitud por el hecho de que Él se confíe a nuestra debilidad; que Él nos guíe y nos ayude día tras día. Queríamos también, así, enseñar de nuevo a los jóvenes que esta vocación, esta comunión de servicio por Dios y con Dios, existe; más aún, que Dios está esperando nues-

tro «sí». Junto con la Iglesia, hemos querido destacar de nuevo que tenemos que pedir a Dios esta vocación. Pedimos trabajadores para la mies de Dios, y esta plegaria a Dios es, al mismo tiempo, una llamada de Dios al corazón de jóvenes que se consideren capaces de eso mismo para lo que Dios los cree capaces. Era de esperar que al «enemigo» no le gustara que el sacerdocio brillara de nuevo; él hubiera preferido verlo desaparecer, para que al fin Dios fuera arrojado del mundo. Y así ha ocurrido que, precisamente en este año de alegría por el sacramento del sacerdocio, han salido a la luz los pecados de los sacerdotes, sobre todo el abuso a los pequeños, en el cual el sacerdocio, que lleva a cabo la solicitud de Dios por el bien del hombre, se convierte en lo contrario. También nosotros pedimos perdón insistentemente a Dios y a las personas afectadas, mientras prometemos que queremos hacer todo lo posible para que semejante abuso no vuelva a suceder jamás; que en la admisión al ministerio sacerdotal y en la formación que prepara al mismo haremos todo lo posible para examinar la autenticidad de la vocación; y que queremos acompañar aún más a los sacerdotes en su camino, para que el Señor los proteja y los custodie en las situaciones dolorosas y en los peligros de la vida. Si el Año Sacerdotal hubiera sido una glorificación de nuestros logros humanos personales, habría sido destruido por estos hechos. Pero, para nosotros, se trataba precisamente de lo contrario, de sentirnos agradecidos por el don de Dios, un don que se lleva en «vasijas de barro», y que una y otra vez, a través de toda la debilidad humana, hace visible su amor en el mundo. Así, consideramos lo ocurrido como una tarea de purificación, un quehacer que nos acompaña hacia el futuro y que nos hace reconocer y amar más aún el gran don de Dios. De este modo, el don se convierte en el compromiso de responder al valor y la humildad de Dios con nuestro valor y nuestra humildad. La palabra de Cristo, que hemos entonado como canto de entrada en la liturgia, puede decirnos en este momento lo que sig-



nifica hacerse y ser sacerdotes: «Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29).

Celebramos la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y con la liturgia echamos una mirada, por así decirlo, dentro del Corazón de Jesús, que al morir fue traspasado por la lanza del soldado romano. Sí, su corazón está abierto por nosotros y ante nosotros; y con esto nos ha abierto el corazón de Dios mismo. La liturgia interpreta para nosotros el lenguaje del Corazón de Jesús, que habla sobre todo de Dios como pastor de los hombres, y así nos manifiesta el sacerdocio de Jesús, que está arraigado en lo íntimo de su corazón; de este modo, nos indica el perenne fundamento, así como el criterio válido de todo ministerio sacerdotal, que debe estar siempre anclado en el Corazón de Jesús y ser vivido a partir de él. Quisiera meditar hoy, sobre todo, los textos con los que la Iglesia orante responde a la Palabra de Dios proclamada en las lecturas. En esos cantos, palabra y respuesta se compenetrán. Por una parte, están tomados de la Palabra de Dios, pero, por otra, son ya al mismo tiempo la respuesta del hombre a dicha Palabra, respuesta en la que la Palabra misma se comunica y entra en nuestra vida. El más importante de estos textos en la liturgia de hoy es el salmo 23 [22] —«El Señor es mi pastor»—, en el que el Israel orante acoge la autorrevelación de Dios como pastor, haciendo de esto la orientación para su propia vida. «El Señor es mi pastor, nada me falta». En este primer versículo se expresan alegría y gratitud porque Dios está presente y cuida de nosotros. La lectura tomada del libro de Ezequiel empieza con el mismo tema: «Yo mismo en persona buscaré a mis

ovejas, siguiendo su rastro» (Ez 34,11). Dios cuida personalmente de mí, de nosotros, de la humanidad. No me ha dejado solo, extraviado en el universo y en una sociedad ante la cual uno se siente cada vez más desorientado. Él cuida de mí. No es un Dios lejano, para quien mi vida no cuenta casi nada. Las religiones del mundo, por lo que podemos ver, han sabido siempre que, en último análisis, sólo hay un Dios. Pero este Dios era lejano. Abandonaba aparentemente el mundo a otras potencias y fuerzas, a otras divinidades. Había que llegar a un acuerdo con éstas. El Dios único era bueno, pero lejano. No constituía un peligro, pero tampoco ofrecía ayuda. Por tanto, no era necesario ocuparse de Él. Él no dominaba. Extrañamente, esta idea ha resurgido en la Ilustración. Se aceptaba no obstante que el mundo presupone un Creador. Este Dios, sin embargo, habría construido el mundo, para después retirarse de él. Ahora el mundo tiene un conjunto de leyes propias según las cuales se desarrolla, y en las cuales Dios no interviene, no puede intervenir. Dios es sólo un origen remoto. Muchos, quizás, tampoco deseaban que Dios se preocupara de ellos. No querían que Dios los molestara. Pero allí donde la cercanía del amor de Dios se percibe como molestia, el ser humano se siente mal. Es bello y consolador saber que hay una persona que me quiere y cuida de mí. Pero es mucho más decisivo que exista ese Dios que me conoce, me quiere y se preocupa por mí. «Yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen» (Jn 10,14), dice la Iglesia antes del Evangelio con una palabra del Señor. Dios me conoce, se preocupa de mí. Este pensamiento debería proporcionarnos realmente alegría. Dejemos que penetre intensamente en nuestro interior. En ese momento comprendemos también qué significa: Dios quiere que nosotros como sacerdotes, en un pequeño punto de la historia, compartamos sus preocupaciones por los hombres. Como sacerdotes, queremos ser personas que, en comunión con su amor por los hombres, cuidemos de ellos, les hagamos experimentar en lo concreto esta atención de Dios. Y, por lo que se refiere al ámbito que se le confía, el sacerdote, junto con el Señor, debería poder decir: «Yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen». «Conocer», en el sentido de la Sagrada Escritura, nunca es solamente un saber exterior, igual que se conoce el número telefónico de una persona. «Conocer» significa estar interiormente cerca del otro. Querérle. Nosotros deberíamos tratar de «conocer» a los hombres de parte de Dios y con vistas a Dios; deberíamos tratar de caminar con ellos en la vía de la amistad de Dios.

Volvamos al salmo. Allí se dice: «Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan» (23

[22], 3s). El pastor muestra el camino correcto a quienes le están confiados. Los precede y guía. Digámoslo de otro modo: el Señor nos muestra cómo se realiza en modo justo nuestro ser hombres. Nos enseña el arte de ser persona. ¿Qué debo hacer para no arruinarme, para no desperdiciar mi vida con la falta de sentido? En efecto, ésta es la pregunta que todo hombre debe plantearse y que sirve para cualquier período de la vida. ¡Cuánta oscuridad hay alrededor de esta pregunta en nuestro tiempo! Siempre vuelve a nuestra mente la palabra de Jesús, que tenía compasión por los hombres, porque estaban como ovejas sin pastor. Señor, ten piedad también de nosotros. Muéstranos el camino. Sabemos por el Evangelio que Él es el camino. Vivir con Cristo, seguirlo, esto significa encontrar el sendero justo, para que nuestra vida tenga sentido y para que un día podamos decir: «Sí, vivir ha sido algo bueno». El pueblo de Israel estaba y está agradecido a Dios, porque ha mostrado en los mandamientos el camino de la vida. El gran salmo 119 (118) es una expresión de alegría por este hecho: nosotros no andamos a tientas en la oscuridad. Dios nos ha mostrado cuál es el camino, cómo podemos caminar de manera justa. La vida de Jesús es una síntesis y un modelo vivo de lo que afirman los mandamientos. Así comprendemos que estas normas de Dios no son cadenas, sino el camino que Él nos indica. Podemos estar alegres por ellas y porque en Cristo están ante nosotros como una realidad vivida. Él mismo nos hace felices. Caminando junto a Cristo tenemos la experiencia de la alegría de la Revelación, y como sacerdotes debemos comunicar a la gente la alegría de que nos haya mostrado el camino justo de la vida.

Después viene una palabra referida a la «cañada oscura», a través de la cual el Señor guía al hombre. El camino de cada uno de nosotros nos llevará un día a la cañada oscura de la muerte, a la que ninguno puede acompañarnos. Y Él estará allí. Cristo mismo ha descendido a la noche oscura de la muerte. Tampoco allí nos abandona. También allí nos guía. «Si me acuesto en el abismo, allí te encuentro», dice el salmo 139 (138). Sí, tú estás presente también en la última fatiga, y así el salmo responsorial puede decir: también allí, en la cañada oscura, nada temo. Sin embargo, hablando de la cañada oscura, podemos pensar también en las cañadas oscuras de las tentaciones, del desaliento, de la prueba, que toda persona humana debe atravesar. También en estas cañadas tenebrosas de la vida Él está allí. Señor, en la oscuridad de la tentación, en las horas de la oscuridad, en que todas las luces parecen apagarse, muéstrame que tú estás allí. Ayúdanos a nosotros, sacerdotes, para que podamos estar junto a las personas que en esas noches oscuras nos han sido confiadas, para que podamos mostrarles tu luz.

«Tu vara y tu cayado me sosiegan»: el pastor necesita la vara contra las bestias salvajes que quieren atacar el rebaño; contra los salteadores que buscan su botín. Junto a la vara está el cayado, que sostiene y ayuda a atravesar los lugares difíciles. Las dos cosas entran dentro del ministerio de la Iglesia, del ministerio del sacerdote. También la Iglesia debe usar la vara del pastor, la vara con la que protege la fe contra los farsantes, contra las orientaciones que son, en realidad, desorientaciones. En efecto, el uso de la vara puede ser un servicio de amor. Hoy vemos que no se trata de amor, cuando se toleran comportamientos indignos de la vida sacerdotal. Como tampoco se trata de amor si se deja proliferar la herejía, la tergiversación y la destrucción de la fe, como si nosotros inventáramos la fe autónomamente. Como si ya no fuese un don de Dios, la perla preciosa que no dejamos que nos arranquen. Al mismo tiempo, sin embargo, la vara continuamente debe transformarse en el cayado del pastor, cayado que ayude a los hombres a poder caminar por senderos difíciles y seguir a Cristo.

Al final del salmo, se habla de la mesa preparada, del perfume con que se unge la cabeza, de la copa que rebosa, del habitar en la casa del Señor. En el salmo, esto muestra sobre todo la perspectiva del gozo por la fiesta de estar con Dios en el templo, de ser hospedados y servidos por Él mismo, de poder habitar en su casa. Para nosotros, que rezamos este salmo con Cristo y con su Cuerpo que es la Iglesia, esta perspectiva de esperanza ha adquirido una amplitud y profundidad todavía más grande. Vemos en estas palabras, por así decir, una anticipación profética del misterio de la Eucaristía, en la que Dios mismo nos invita y se nos ofrece como alimento, como aquel pan y aquel vino exquisito que son la única respuesta última al hambre y a la sed interior del hombre. ¿Cómo no alegrarnos de estar invitados cada día a la misma mesa de Dios y habitar en su casa? ¿Cómo no estar alegres por haber recibido de Él este mandato: «Haced esto en memoria mía»? Alegres porque Él nos ha permitido preparar la mesa de Dios para los hombres, de ofrecerles su Cuerpo y su Sangre, de ofrecerles el don precioso de su misma presencia. Sí, podemos rezar juntos con todo el corazón las palabras del salmo: «Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida» (23 [22], 6).

Por último, veamos brevemente los dos cantos de comunión sugeridos hoy por la Iglesia en su liturgia. Ante todo, está la palabra con la que san Juan concluye el relato de la crucifixión de Jesús: «uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua» (Jn 19,34). El corazón de Jesús es traspasado por la lanza. Se abre, y se convierte en una fuente: el agua y la sangre que

manan aluden a los dos sacramentos fundamentales de los que vive la Iglesia: el Bautismo y la Eucaristía. Del costado traspasado del Señor, de su corazón abierto, brota la fuente viva que mana a través de los siglos y edifica la Iglesia. El corazón abierto es fuente de un nuevo río de vida; en este contexto, Juan ciertamente ha pensado también en la profecía de Ezequiel, que ve manar del nuevo templo un río que proporciona fecundidad y vida (Ez 47): Jesús mismo es el nuevo templo, y su corazón abierto es la fuente de la que brota un río de vida nueva, que se nos comunica en el Bautismo y la Eucaristía.

La liturgia de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, sin embargo, prevé como canto de comunión otra palabra, afín a ésta, extraída del evangelio de Juan: «El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí que beba. Como dice la Escritura: De sus entrañas manarán torrentes de agua viva» (cf. Jn 7,37s). En la fe bebemos, por así decir, del agua viva de la Palabra de Dios. Así, el creyente se convierte él mismo en una fuente, que da agua viva a la tierra reseca de la historia. Lo vemos en los santos. Lo vemos en María que, como gran mujer de fe y de amor, se ha convertido a lo largo de los siglos en fuente de fe, amor y vida. Cada cristiano y cada sacerdote deberían transformarse, a partir de Cristo, en fuente que comunica vida a los demás. Deberíamos dar el agua de la vida a un mundo sediento. Señor, te damos gracias porque nos has abierto tu corazón; porque en tu muerte y resurrección te has convertido en fuente de vida. Haz que seamos personas vivas, vivas por tu fuente, y danos ser también nosotros fuente, de manera que podamos dar agua viva a nuestro tiempo. Te agradecemos la gracia del ministerio sacerdotal. Señor, bendícenos y bendice a todos los hombres de este tiempo que están sedientos y buscando. Amén.

Al termine di questa straordinaria concelebrazione, desidero esprimere la mia viva gratitudine alla Congregazione per il Clero, per l'opera svolta durante l'Anno Sacerdotale e per aver organizzato queste giornate conclusive. Un pensiero di speciale riconoscenza va ai Signori Cardinali ed ai Vescovi che hanno voluto essere presenti, in particolare a quanti sono venuti da lontano.

Chers prêtres francophones, vous avez une proximité particulière avec saint Jean-Marie Vianney. Je souhaite qu'elle devienne une véritable complicité spirituelle. Puisse son exemple sûr, vous inspirez afin que le don que vous avez fait de vous-même au Seigneur porte du bon fruit! Je vous renouvelle ma confiance et je vous encourage à progresser sur les chemins de la sainteté. Que le Seigneur vous garde tous en son Cœur très-aimant!

I now wish to greet all the English-speaking priests present at today's celebration! My dear brothers, as I thank you for your love of Christ and of his bride the Church, I ask you again solemnly to be faithful to your promises. Serve God and your people with holiness and courage, and always conform your lives to the mystery of the Lord's cross. May God bless your apostolic labours abundantly!

Von ganzem Herzen grüße ich die Bischöfe, Priester und Ordensleute wie auch alle Pilger, die aus den Diözesen des deutschen Sprachraums zum Abschluß des Priesterjahres nach Rom gekommen sind, um ihre Einheit mit dem Nachfolger Petri zu zeigen. Liebe Mitbrüder, wo kein Zusammenhalt ist, da gibt es keinen Fortschritt. Wenn wir miteinander verbunden bleiben, wenn wir in Christus, dem wahren Weinstock, bleiben, dann können wir starke und lebendige Zeugen der Liebe und der Wahrheit sein, können uns die Winde des Augenblicks nicht verbiegen oder brechen. Christus ist die Wurzel, die uns trägt und uns Leben gibt. Danken wir dem Herrn für die Gnade des Priestertums; dafür, daß er uns jeden Tag neu Gelegenheit gibt, in seiner Nachfolge gute Hirten zu sein. Der Heilige Geist stärke euch bei all eurem Wirken!

Saludo cordialmente a los presbíteros de lengua española, y pido a Dios que esta celebración se convierta en un vigoroso impulso para seguir viviendo con gozo, humildad y esperanza su sacerdocio, siendo mensajeros audaces del Evangelio, ministros fieles de los sacramentos y testigos elocuentes de la caridad. Con los sentimientos de Cristo, Buen Pastor, os invito a continuar aspirando cada día a la santidad, sabiendo que no hay mayor felicidad en este mundo que gastar la vida por la gloria de Dios y el bien de las almas.

Queridos sacerdotes dos países de língua oficial portuguesa, dou graças a Deus pelo que sois e pelo que fazeis, recordando a todos que nada jamais substituirá o ministério dos sacerdotes na vida da Igreja. A exemplo e sob o patrocínio do Santo Cura d'Ars, perseverai na amizade de Deus e deixai que as vossas mãos e os vossos lábios continuem a ser as mãos e os lábios de Cristo, único Redentor da humanidade. Bem hajam!

Rivolgo infine il mio cordiale saluto ai sacerdoti di Roma e d'Italia; come pure ai Presuli, ai sacerdoti e ai seminaristi di tutti i Riti delle Chiese Orientali cattoliche. So, infine, che in tutte le parti del mondo si sono tenuti moltissimi incontri celebrativi e spirituali con grande e fruttuosa partecipazione. Pertanto, desidero ringraziare Vescovi, sacerdoti e organizzatori ed auguro a tutti di proseguire con rinnovato slancio il cammino di santificazione in questo sacro ministero che il Signore vi ha affidato. Vi benedico di cuore!

El santo Cura de Ars, maestro de vida interior¹

CARLOS MAS DE XAXARS GASSÓ, PBRO.

En el marco de la clausura del Año Sacerdotal hemos celebrado las fiestas del Corpus Christi y la Santísima Trinidad y nos disponemos a celebrar la del Sagrado Corazón. Todo ello nos ayuda a penetrar en la vida interior del santo Cura de Ars impregnada de amor a la Eucaristía y con una conciencia aguda de la inhabitación de la Trinidad en el alma del cristiano. Él será maestro de vida interior al estilo de Jesús a quien los discípulos, por verle orar, le pedirán: «Enséñanos a orar». ¿De quién aprendió el campesino que estando en oración ante el Sagrario y preguntado por el santo cura qué hace allí dirá: «Le miro y Él me mira»? La conocida imagen del párroco de Ars de rodillas y en oración nos habla del impacto que produjo en sus feligreses y cuántos acudieron a Ars a verle arrodillado ante el Sagrario.

Durante treinta años

Se levanta a medianoche.

A la una baja a la iglesia para orar. Lo notan algunos, curiosean qué hace el párroco.

Confiesa a mujeres hasta las seis y celebra la misa.

A las siete toma un vaso de leche en La Providencia.²

Después, hasta las once, confiesa a hombres.

Del mediodía hasta las ocho de la tarde, frugalísima comida, breviario, confesiones durante unas seis horas.

A las ocho, oración pública y después homilía o catecismo.

A las diez, en la rectoría recibe a los visitantes ilustres.

En resumen: unas tres horas de dormir,³ veinte horas de trabajo, de las cuales quince en el confesionario.⁴ Y esto durante treinta años.

1. Resumen de la conferencia pronunciada en Balmesiana (Barcelona) el 4 de junio de 2010

2. Institución fundada por el santo cura para acoger a niñas huérfanas.

3. Durante muchos años el demonio actuó por las noches para desalentarle con ruidos espantosos y tentaciones sobre su salvación eterna.

4. Lo que esto significa a nivel físico no es fácil imaginarlo. El ambiente cerrado de la iglesia llena de gente esperando alcanzaba temperaturas de sofoco y hacía el aire irrespirable, más la casi inmovilidad y mala postura corporal. A nivel espiritual será uno de los tormentos del Cura de Ars escuchar tantas ofensas «al buen Dios».

¿Qué les dijo?

Se calcula en más de cien mil las personas que pasaron por su confesionario. ¿Qué les dijo? ¿Qué imagen de Dios les daba? Sus catecismos y sermones giraban incesantemente sobre un misterio: el de la Santísima Trinidad. Para el párroco de Ars es el centro de todo, pues no hay nada más real que Dios y, por lo tanto, nada más concreto.

No es algo que pudiera esperarse de un campesino muy sencillo centrar su vida en la Trinidad. En un espíritu educado en contacto con las cosas de la tierra, con las preocupaciones de la vida cotidiana en el confesionario, en el pueblo, en el orfanato, urgiendo siempre a la santidad, esperaríamos una enseñanza prioritariamente moral, consejos de práctica religiosa.

Pero los testimonios sobre sus actos, su predicación, sus catecismos, son unánimes: el centro de su vida espiritual y de su preocupación más profunda fue expresamente vivir la presencia de la vida trinitaria.

Profeta

«Un cristiano, el objeto de las complacencias de las tres personas divinas».

Para él, que no habría podido dar un curso académico sobre la Trinidad, todo es ocasión para referirse a la vida de Dios y esta es su profecía.

Cuando habla del pecado o de la vocación de todo cristiano lo hace en referencia a las tres personas:

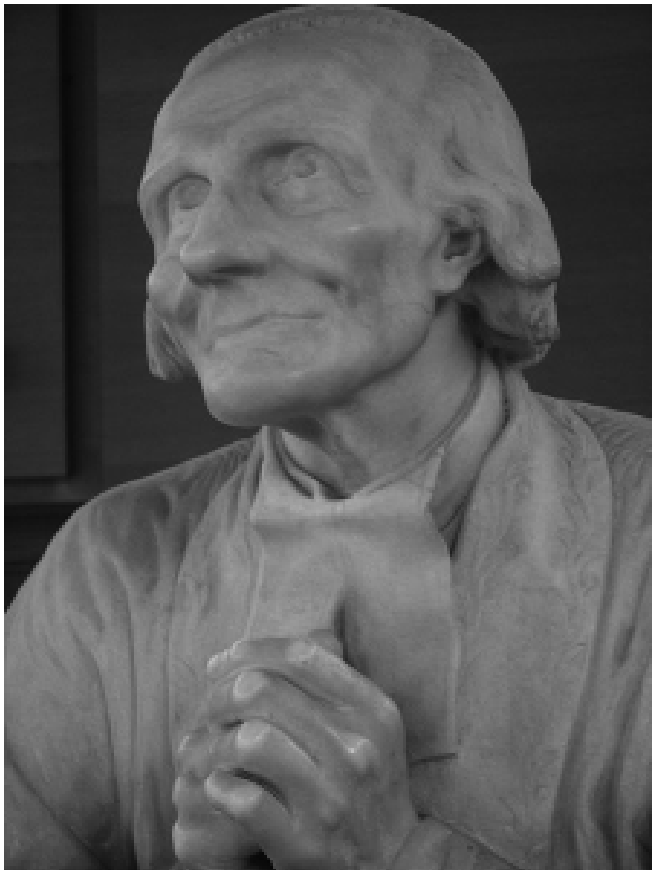
«Un cristiano creado a imagen de Dios, rescatado por la sangre de un Dios. Un cristiano, ¡el hijo de un Dios, el hermano de un Dios, el heredero de un Dios! Un cristiano, ¡objeto de las complacencias de las tres personas divinas! Un cristiano cuyo cuerpo es el templo del Espíritu Santo: ¡he aquí lo que deshonor el pecado!»

Tanto si piensa en la Eucaristía como en la Madre de Dios o en la oración siempre lo hace en relación a la Trinidad:

«en la comunión... las tres divinas personas habitan en esta alma, ¡es un pequeño cielo!»

«Las tres personas divinas contemplan a la Santísima Virgen. Este corazón tan puro, tan bueno, la obra y las delicias de la Santísima Trinidad».

«Cuando rezamos causamos gozo en la Santísima Trinidad».



En labios de un campesino no dejan de sorprender estas expresiones...

Conocimiento interior

El santo, tan consciente de la realidad divina, de la vida divina comunicada al hombre, quiso profundizar más y más en el conocimiento de su realidad interior.

Por ello oró. Convencido de la pequeñez del hombre ante la grandeza divina pide conocer mejor su propia realidad para honrar mejor la grandeza de Dios. Del resultado de esta experiencia nos dejará este testimonio:

«No pidáis a Dios el conocimiento total de vuestra miseria; yo lo pedí y lo obtuve. Entonces si Dios no me hubiera sostenido habría caído al instante en la desesperación. Quedé tan espantado de conocer mi miseria que pedí al instante la gracia de poder olvidarla. Dios me escuchó pero me dejó una luz suficiente sobre mi miseria para hacerme comprender que no soy capaz de nada».

A una señora que, confiada en su don de conocimiento de las almas, le pedía llena de buen deseo que le revelara sus miserias para poder convertirse mejor le dirá que no «porque entonces no podría soportarse a sí misma». Sinceridad nada diplomática.

Origen del conocimiento interior

El desarrollo de su vida interior será marcado por este conocimiento. Ante el temor del santo sobre su salvación eterna tendemos a pensar en exageraciones piadosas, o, simplemente, no podemos comprenderlo. Pero el diablo tomará ocasión de este conocimiento para tentarle de desesperación: «de qué te sirve predicar a los demás si tú estás condenado...» Y su única respuesta posible es abandonarse a los pies del Tabernáculo.

La conciencia de la propia pequeñez e inutilidad es condición para la vida interior. Es entonces cuando empezamos a comprender la sinceridad y verdad de las afirmaciones de los santos como esta del Cura de Ars: «Si Dios hubiese encontrado un instrumento más miserable, lo habría escogido y llevado a cabo con él obras con cien veces más de fruto.»

Juan M.^a Vianney avanzará en su vida interior sufriendo el afán de conocerse mejor como fruto de su esfuerzo para lanzarse a un abandono en Dios en el cual, por la mirada amorosa de Dios, puede conocerse y amarse.

Frutos del conocimiento interior: sufrimientos y deseos

La tensión por el amor de Dios desde la propia pequeñez y el vivo deseo de que Dios sea conocido y amado le hacen sufrir y exclamar:

«No, no hay en el mundo nadie más desgraciado que el sacerdote. ¿En qué pasa su vida? En ver ofendido al buen Dios. ¡Siempre su santo nombre blasfemado! ¡Siempre violados sus mandamientos! ¡Siempre despreciado su amor! ¡El sacerdote sólo ve esto, no escucha más que esto!»

Y, pensando en los sacerdotes:

«Si supiésemos lo que es la misa, moriríamos. ¡Oh, Dios mío, que digno de lástima es el sacerdote si la celebra como una cosa ordinaria! ¡Oh, cuando uno piensa que Dios ha querido confiar esto a miserables como nosotros!»

Los santos se conocen porque Dios les conoce. Se ven porque miran a Dios que les mira. Y así no estamos ante algo devocional, bueno pero optativo, sino en un puro realismo: la medida del hombre está en Dios, en su contemplación; su seguridad absoluta está en su compañía que es una mirada sobre nuestra realidad miserable, sí, pero llena de amor. Es la misma certidumbre del Magníficat: «Mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque *ha mirado la pequeñez de su esclava.*»



Frutos del conocimiento interior: mejor conocimiento de Dios Padre

«Dios nos ama como el mejor de los padres, como la más tierna de las madres: sólo hay que abandonarse a su voluntad con un corazón de niño».

«Cuando Dios ve que nos acercamos a Él inclina hacia abajo su corazón hacia su pequeña criatura como un padre se inclina para escuchar a su hijo pequeño que le habla.»

La consideración de la paternidad divina ha de alimentar nuestra vida interior:

Padre, es decir, «aquel que es tal por nosotros que ya no podemos decir nunca que estamos solos, sino que podemos sentirnos amados como Jesús, “el hijo único, el amado”».

Padre, esto es, «aquel para quien podemos vivir como el autor de nuestra existencia y su referencia, pero también aquel para quien podemos decidir vivir: para hacer existir su alianza, su Reino, para hacer que todos compartan su herencia, también aquellos que no saben que también están invitados a ella para que sea así en la tierra como en el cielo.»

El sentido radical del amor de Dios llenó su vida y quería que llenara la de todos. Por ello con esta luz reflexiona sobre todo:

–el perdón: «El Padre no quiere tanto ver el pecado como la condición de hijo (hijo pródigo)». «Nos llevará al cielo casi contra nosotros mismos». «El buen Dios lo sabe todo, sabe por adelantado que después de confesaros volveréis a pecar y a pesar de ello os perdona. Qué amor tiene Dios que le hace olvidar voluntariamente el futuro para perdonarnos».

–el infierno: «El infierno (el sufrimiento que hay en él) toma su origen de la bondad de Dios; los condenados dirán: «Oh, si por lo menos Dios no nos hubiera amado tanto, no sufriríamos tanto... pero haber sido tan amados, ¡qué dolor!».

–la confianza: «Como que Dios no nos ama por ningún interés –el único capaz de amar así– su paternidad no cesará nunca. Esta paternidad es tan necesaria como el amor que Dios tiene por sí mismo, por su propia bondad».

Y así «el amor vale más que el temor. Dios es bueno, conoce nuestras miserias. Hemos de amarle, hemos de querer hacer todo lo posible para agradecerle... a fin de que en adelante no le amemos por la esperanza de la recompensa ni por miedo al castigo, sino únicamente porque es bueno y merece ser amado».

Frutos del conocimiento interior: compromiso de amor

La luz que iluminó su alma le llevó a vivir en anticipo de lo que será el gozo del cielo: la adoración amorosa.

Adoración al Padre concretada en el perfecto abandono a su voluntad.

Adoración al Hijo vivida en la participación de su entrega redentora sacrificial: «¡Oh! No hagas que este sacrificio sea inútil. Nada aflige tanto al Corazón de Jesús como ver sus sufrimientos perdidos para tantos hombres.»

Adoración al Espíritu Santo, amor de Dios que penetra en nosotros para hacernos fructificar: el grano de trigo enterrado muere... y fructifica por la fuerza de vida que hay en él. «Los buenos deseos son el soplo del Espíritu Santo que ha pasado sobre nuestra alma y todo lo ha renovado como este viento cálido que funde el hielo y trae la primavera».

El gozo cristiano es mucho más que el resultado de una actividad que cooperaría con Dios en el desarrollo de la creación. En una vida cotidiana marcada por las bienaventuranzas es la comunión con las personas de la Trinidad que se nos dan íntimamente como objeto de vida y de contemplación amorosa. La invitación se hace entonces urgente: «¡Entra en el gozo de tu Señor!» (Mt 25, 21-23).

«Yo te enseñaré el camino del cielo»

Las palabras del Cura de Ars al niño que le muestra el camino del pueblo cuando llega por primera vez a él nos hablan con fuerza del sentido que daba a la vida: caminar hacia Dios.

La clausura del Año Sacerdotal será una oportunidad para entender que no es un punto y final, sino que ahora empieza el tiempo de perseverar en los esfuerzos que hemos vivido en él: orar por las vocaciones sacerdotales, la santificación de los sacerdotes y conocer mejor la vida y ministerio de los sacerdotes que están a nuestro servicio así como la oración por todos los que nos han influido, ayudado y servido a lo largo de nuestra vida.

Del conocimiento del santo Cura de Ars puede brotar una mejor comprensión y vivencia de la indignidad y pequeñez de nuestra persona ante la bondad infinita de Dios.

El mundo acusa a los sacerdotes de aquello de lo que nunca se han escondido: ¡son unos pecadores! Sólo falta completar: pecadores que reconocen su pecado, se saben perdonados y por ello pueden com-

prender mejor el pecado de los demás y ofrecerles el perdón de Dios.

El mundo busca acusar, se goza en ello y condena sin remedio. El sacerdote acoge, consuela, recrea el alma del pecador: «Dios no mira el pecado perdonado, por ello éste ¡ya no existe!».

El sacerdote no escoge el celibato por miedo de amar o para replegarse en sí mismo sino para que «estando él solo, ya no estén solos todos los hombres».

El sacerdote se sabe depositario por pura gracia de un don que moviliza toda su vida y que paga con su vida. La llamada le precede, no es de su propiedad; no escoge su misión. No puede manipular el Evangelio en provecho propio. Tras una de sus huidas de Ars⁵ con santa ingenuidad dirá que huyó de la parroquia para que Dios vea que no está en Ars por querer propio, que él no lo ha buscado y que se siente indigno de ser párroco.

El sacerdote, «sirviente inútil, ha de aceptar estar allí donde la Iglesia le coloca y ser un humilde testimonio de una Palabra que le sobrepasa».

Al hilo de estos pensamientos extractados de su vida comprendemos mejor cómo llegó el Cura de Ars a «enseñar» a sus parroquianos que aprendieran a amar como él amaba.

Cuentan un hecho inaudito: habiendo llovido y quedado los caminos bien embarrados unos campesinos vieron que el carro en que llevaban unas mercancías se atascaba y finalmente volcaba ¡sin que de sus labios saliera una sola blasfemia o palabra malsonante ni que dieran palos al pobre caballo! A este nivel, y es un nivel bien profundo ciertamente, caló en Ars la conciencia de Dios.

En una etapa ya avanzada de su presencia en Ars muchos reconocían no atreverse a pecar porque «esto causaría pena al pobre párroco»; otro nivel, sí, pero bien deseable y camino para llegar al otro.

Dejemos finalmente la última palabra al santo Cura de Ars:

«Cuando vamos a confesarnos hay que comprender lo que vamos a hacer. Se puede decir que vamos a desclavar a Nuestro Señor».

«Por lo demás el que no ha sido tentado contra la virtud de la humildad y contra la virtud de la castidad no sabe lo que es la vida espiritual».

«Nuestros pecados son como un grano de tierra al lado de la gran montaña de las misericordias del Señor».

5. En tres ocasiones intentó retirarse de la parroquia para dedicarse «a cuidar su alma pecadora».

Consagración de Navarra al Corazón de Jesús

SANTIAGO ARELLANO LIBRADA, HNSSC

Delegado episcopal para la Pastoral Familiar y el Apostolado Seglar en Navarra

Los días 19 y 20 de junio de 2010 Navarra ha vivido un fin de semana de gran gozo y gloria para el Corazón de Jesús. Las diócesis de Pamplona-Tudela, Navarra entera se consagró al Sagrado Corazón, renovando así la consagración que se hiciera en 1917.

El impulso inicial de este precioso acto parte de los anhelos del Corazón de Cristo por darse a conocer. Él da la luz y la fuerza a los pastores de la Iglesia. En este caso el Señor se sirvió de unas palabras del Papa y de la renovación de la consagración de España en el Cerro de los Ángeles. Todo ello entendido por el arzobispo de Pamplona don Francisco Pérez González como signos de lo que Dios le pedía a él.

En los inicios está la carta pastoral que el 31 de mayo de 2009 don Francisco escribió a los fieles de Navarra: «Comienzo haciendo más las palabras que el año pasado nos dirigía a todos el papa Benedicto XVI: “Os invito a cada uno de vosotros a renovar en el mes de junio su propia devoción al Corazón de Cristo”...».

Esta invitación del Papa, junto con la invitación que recibió a acudir al Cerro de los Ángeles para renovar la consagración de España, le llevó a dirigirse a sus fieles y hablarles de la necesidad de este culto: «Quiero ofreceros algunas reflexiones como preparación al acto de consagración que el próximo 21 de junio haremos los obispos españoles: ... Jesucristo, el Hijo de Dios, quiso hacerse hombre y amar con corazón de hombre, en ese Corazón de Cristo está resumido el misterio del Amor de Dios, del que el hombre de hoy está tan necesitado... Él ha querido usar la imagen del corazón para expresar lo mucho que nos quiere... En los umbrales de los tiempos modernos, a finales del siglo xvii, cuando el amor al Señor se enfría o se hace tibio, el Señor se aparece a santa Margarita María de Alacoque, le muestra su Corazón y le dice: “He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada se ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor”. Éste es el deseo del Señor, que nos percatemos de lo que nos quiere».

En el deseo por concretar una respuesta a este amor del Señor, en la Santa Misa de la fiesta de la familia que se organiza cada año en la ciudadela de Pamplona el arzobispo pidió a las familias: «entronizad en vuestras casas el Corazón de Jesús y consagraos a Él, de ahí os vendrán muchas bendicio-

nes. Yo también quiero consagrar nuestra diócesis al Sagrado Corazón» (7 de junio de 2009).

El pistoletazo de salida de esta consagración lo marcó la convocatoria del Año Sacerdotal: «Queridos hermanos y hermanas, detengámonos a contemplar juntos el Corazón traspasado del Crucificado». Así nos invita a todos el papa Benedicto XVI al iniciar este Año Sacerdotal, ya que «en el Corazón de Jesús se expresa el núcleo esencial del cristianismo». Este es mi deseo también —dice don Francisco— para este año en nuestra diócesis de Pamplona-Tudela. Os invito a todos especialmente en este año a poner la mirada en el costado traspasado de Cristo. Pues estoy convencido de que sólo así lograremos lo que nos pide el Papa: «salir de nosotros mismos y abandonar nuestras seguridades humanas para fiarnos de Él y, siguiendo su ejemplo, hacer de nosotros mismos un don de amor sin reservas»... Y añade don Francisco: «Para ayudar a centrar esta mirada deseo que nuestra diócesis de Pamplona-Tudela, toda Navarra, se consagre al Corazón de Jesús el 19 y 20 de junio de 2010. Consagrarse es ese “hacer de nosotros mismos un don de amor sin reservas”. “Su Corazón divino llama a nuestro corazón y nos invita” a vivir en entrega y servicio permanente» (carta del 27-XII-2009).

Ese vivir en entrega y servicio permanente, ese don de amor, lo ve don Francisco como un mismo amor que tiene dos direcciones: «Don de amor a Jesucristo presente y vivo en la Eucaristía, y de amor a Jesucristo escondido en los necesitados, ya que también contemplar “al que traspasaron” nos llevará a abrir el corazón a los demás, reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; y nos llevará, en especial, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona, y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas» (Benedicto XVI). Por eso «como signo y fruto de este amor que el Señor nos pide» expresa su deseo de llevar adelante dos proyectos: «deseo erigir un monumento al Corazón de Jesús para la veneración de todos [donativos: 2054 0004 29 9156985605] y deseo también fundar una casa de acogida que salga en defensa de la mujer gestante y para favorecer la cultura de la vida [donativos: 2054 0000 43 9158452226]. Os ruego que colaboréis con estos proyectos» (carta del 27-XII-2009).

Los dos signos de amor que elige el arzobispo van a favor de la fe pública, y de la vida, dos de los

principios más tremendamente atacados en la sociedad contemporánea con su laicismo beligerante y el terrible crimen del aborto elevado a derecho e impuesto como obligación.

En un momento en la historia en el que se quiere retirar de la vida pública todo signo religioso, quitar los crucifijos de las escuelas y ayuntamientos, los monumentos al Corazón de Jesús (como se ha intentado con el de Monteagudo-Murcia), y por supuesto retirar toda referencia religiosa de la legislación y de la educación, la Iglesia en Navarra quiere seguir diciendo al mundo que nadie tiene tanto derecho a tener un monumento como Jesucristo, por el Amor que nos tiene.

En un momento en el que se disparan los divorcios y el Amor parece enfriarse, el Amor sobrenatural y el amor humano, volvemos a poner el Amor que nunca falla como remedio a todos los males y verdadero modelo a seguir.

A su vez y unido a esto, pues el amor y la vida han de ir siempre unidos, de ese Amor surge la iniciativa de potenciar la vida del niño no nacido facilitando la acogida de esas madres y animándoles a dar a luz ayudándoles a quedárselo después o darlo en adopción. De esta manera se ayuda a la mujer a no cometer ese crimen, con las consecuencias morales y psicológicas del llamado «síndrome post-aborto» y se sale en defensa del niño condenado a muerte, potenciando la cultura de la vida.

Durante todo este año se han ido haciendo en Navarra consagraciones previas «*Para preparar ese solemne acto de consagración*». Se empezó con la consagración de las familias, que se realizó el 27 de diciembre, domingo de la Sagrada Familia en la catedral de Pamplona, que estaba abarrotada de familias. Después vino la consagración de los mayores (3 de febrero), de los jóvenes (en la jornada de la juventud, 13 de febrero, con Gen Verde), de los catequistas (en la jornada del Catequista del 27 de febrero)... Así fueron realizándose consagraciones previas y de preparación de muchas realidades de nuestra Navarra.

Quiso don Francisco preparar un libro donde recogía los principales textos sobre el Corazón de Cristo de Juan Pablo II, y Benedicto XVI al que adjuntó sus cartas sobre la consagración y la reparación, junto con un DVD que se preparó explicando la devoción al Corazón de Cristo. Sobre estos materiales les escribía a todos los sacerdotes y catequistas de Navarra: «*Para avivar la espiritualidad y devoción al amor de Cristo os regalo este libro, junto con el DVD, que se ha preparado sobre textos del Corazón de Jesús que creo nos servirá para la oración y estudio, que puede servir como instrumento catequético para todos. También os envío unos trípticos para distribuir entre los fieles y unas catequesis para niños... Os animo a colaborar en las*

otras iniciativas que se están realizando, como son el concurso de dibujos y poesías».

A lo largo de este año hemos podido ir viendo cómo el Corazón de Jesús ratificaba su deseo de que esto se realizase, pues con este preámbulo que estamos haciendo pueden entender que «el enemigo» no podía quedarse quieto y ha habido trabas de muchos tipos. Milagrosamente todas se iban resolviendo. Se ha ido mostrando como pequeño anticipo de que Jesús cuando quiere cumple su promesa: «Reinaré a pesar de mis enemigos». Es deber de justicia señalar que la primera y más importante de éstas se resolvió desde el día que decidimos y pedimos que vinieran a Navarra para esta ocasión las reliquias de santa Margarita. Vaya por adelantado mi agradecimiento a esta gran santa, confidente del Corazón de Cristo. También tengo que subrayar que se han notado las oraciones de mucha gente que ha pedido por todo esto, muy especialmente todas las comunidades contemplativas de Navarra y las salesas y las carmelitas descalzas de todo el mundo a las que se escribió pidiendo oraciones y respondieron siguiendo todo con mucha ilusión.

La imagen del Corazón de Jesús llegó a Pamplona cuatro días antes de la Consagración. Ha sido encargada al escultor extremeño Rodrigo Espada Belmonte, artista que ya había realizado otros corazones de Jesús monumentales como el de Zarzacapilla, o la Nava de Ricomalillo. La imagen que modeló para Pamplona, de seis metros de altura en bronce, representa a Jesucristo que señala su Corazón y a la vez va caminando como el misionero de la Misericordia. El rostro, que parece tomado de la Sábana Santa, llama la atención por el realismo, la bondad, masculinidad, majestad, hermosura y nobleza. El arquitecto Ignacio Vicens fue el encargado de preparar un parque verde en el que se podrá pasear, descansar y orar. La imagen va colocada sobre una pequeña montaña levantada hasta seis metros de altura y en la que da la impresión de estar Jesús subido al Monte de las Bienaventuranzas o en el Dóminus Flévit desde donde ve una hermosa vista de la ciudad.

Tanto en Tudela como en Pamplona, los días previos a la Consagración se realizaron triduos y vigili-
as en honor del Corazón de Cristo, además se impartieron conferencias preparatorias del acto a las que acudieron muchas personas: don Santiago Arellano Hernández (ex-director general de Educación en Navarra) habló de «El Corazón de Jesús, respuesta única a los anhelos del hombre contemporáneo» y don Ricardo Fernández Gracia (director del Departamento de Arte de la Universidad de Navarra) trató el tema de «Historia, arte y devoción en torno al Corazón de Jesús en Navarra».

Todos estos actos preparatorios y los actos de

consagración se publicitaron a través de los medios de comunicación con entrevistas en televisión y radio, artículos periodísticos y carteles que se pusieron no sólo en las parroquias, sino también en tiendas, bares y establecimientos de toda Navarra. Todo esto se pudo hacer gracias a un nutrido grupo de más de cien jóvenes que hicieron de voluntarios en la preparación y en las celebraciones de la consagración. Era precioso ver a todos esos jóvenes siendo apóstoles del Corazón de Cristo.

19 de junio

Consagración de la diócesis de Tudela y la Ribera de Navarra

POR fin llegó el fin de semana señalado. Toda la semana había estado lloviendo y, sin embargo, el Señor quiso que durante las ceremonias no lo hiciera.

En Tudela comenzó todo a las seis de la tarde con los auroros de la Ribera de Navarra que se distribuyeron por los distintos barrios de la ciudad de Tudela y fueron recorriendo las calles con sus preciosos cantos convocando a toda la ciudad. A las 19.30 fue la acogida de todos en la catedral de Tudela y desde allí partió la procesión al monumento del Corazón de Jesús. La procesión iba encabezada por las cruces parroquiales y los estandartes del Corazón de Jesús y de distintas cofradías de todos los pueblos de la Ribera. Las reliquias de santa Margarita fueron portadas por dos sacerdotes y acompañadas por los niños de primera comunión. Detrás fueron llevadas en andas las imágenes de santa Ana la Vieja y la imagen del Corazón de Jesús que encabezaba la procesión. Tras el Corazón de Jesús marchaba el señor arzobispo y más de veinte sacerdotes párrocos de la zona. Acompañando toda la comitiva varios cientos de personas que iban cantando y escuchando las reflexiones que se dirigían desde un coche de megafonía. Una vez en la explanada del monumento, dio comienzo la Eucaristía presidida por don Francisco Pérez (arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela) que, tras hacer llegar a los fieles un saludo del Papa, les recordó el sentido de esta consagración. *«Que nunca perdamos la unión con Jesucristo y al salir de nuestras seguridades y nuestros egoísmos sepamos asociarnos a su amor para fiarnos de Él y ofrecerle toda nuestra vida sin reservas»*. Después de la comunión se expuso el Santísimo y ante el Señor el arzobispo recitó la fórmula de consagración que todos los presentes pudieron seguir con las estampas que se habían repartido.

La ceremonia finalizó con una jota interpretada por los auroros y con la veneración de las reliquias de santa Margarita.

20 de junio

Consagración de las diócesis de Pamplona-Tudela y toda Navarra al Corazón de Jesús

TRESCIENTOS auroros despertaron Pamplona, y repartidos por los distintos barrios de la ciudad los llenaron de alegría festiva llamando con sus preciosos cantos a acudir a tan preciosa celebración, hasta que a las 17.30 reunidos todos en la plaza de la Cruz cantaron marcando el inicio de los actos.

Los monaguillos de toda Navarra se habían convocado dos horas antes para tener juegos, vaquillas, ponis, hinchables, en un día festivo que terminaba a esa misma hora y lugar con una merienda.

Los adoradores nocturnos, con más de cincuenta banderas, las cofradías, las comunidades religiosas y los sacerdotes estaban dentro de la parroquia de San Miguel rezando con el señor arzobispo las vísperas solemnes en honor del Corazón de Cristo.

A las seis de la tarde salía la procesión encabezada por la cruz arzobispal y tras ella los monaguillos de Navarra, los auroros, las hermandades y cofradías, los niños de primera comunión echando pétalos de rosa para alfombrar el paso del Señor. Tras ellos, y acompañadas por ciriales, se portaron en andas las reliquias de santa Margarita. Dos sacerdotes portaron las reliquias de san Francisco Javier, misionero navarro y de san Fermín, obispo de Pamplona y mártir, ambos patronos principales de Navarra. Tras ellos marchaba el ángel de Aralar, protector antiquísimo del Reino, que porta sobre su cabeza el «Lignum crucis». Después marchaban los estandartes de las doce promesas del Corazón de Jesús, flanqueando la carroza del Corazón de Jesús preciosamente engalanada y portada en andas, después el rosario de los esclavos con sus faroles, las banderas de la Adoración Nocturna, la Hermandad de la Pasión, las congregaciones religiosas, alrededor de ciento treinta sacerdotes-párrocos. Y, finalmente, acompañado por incensarios y faroles, y al sonido de los aplausos y del himno de las Cortes de Navarra, salió Jesús Sacramentado en la preciosa carroza del Corpus Christi de la catedral de Pamplona. Tras Él el arzobispo, el cabildo catedral, las autoridades políticas y militares. Y todo el pueblo de Dios. Una multitud según los medios de comunicación, varios miles de personas (cuatro según la policía municipal).

Se recorrieron las calles de Pamplona con gran solemnidad y piedad: (calle San Fermín, Carlos III, plaza Conde Rodezno, calle Iturralde y Suit, Amaya, calle Aoiz, hasta la confluencia entre calle Valle de Egüés con calle Monte Monjardín, donde está en el seminario el monumento al Corazón de Jesús). ¡Cómo resonaban los cantos y los rezos de todos! ¡Qué silencio y recogimiento escuchando las re-

El arzobispo monseñor Francisco Pérez ofició la celebración en la explanada del seminario.



flexiones que, desde la potente megafonía de las javieradas, nos llegaban a todos! ¡Cómo todo lo que ocurría nos hacía crecer en amor y servicio al Corazón del Señor al que acompañábamos vivo en la Eucaristía!

Hacia las 18.45, llegamos a la explanada del seminario, donde ya había muchas personas esperando, y los más de cien voluntarios jóvenes con petos amarillos fueron distribuyéndonos en los diversos lugares alrededor del monumento para el inicio de la santa Misa. El altar fue situado en la rampa de acceso que hay para llegar al Corazón de Jesús y por tanto en alto y con buena visibilidad para todos.

Enseguida comenzó la santa Misa y se procedió a la lectura del mensaje que el Papa dirigió a todos los navarros: *«Su Santidad Benedicto XVI saluda cordialmente a los pastores y fieles de la archidiócesis de Pamplona y la diócesis de Tudela con ocasión de la consagración al Sagrado Corazón de Jesús de estas Iglesias particulares navarras y se une al fervor con que se confían al Amor insondable de Dios, a su bondad y misericordia desbordante, que Cristo nos ha revelado con su total entrega por nosotros, y que sigue haciendo presente en todo momento de nuestras vidas. Con estos sentimientos, e invocada la maternal intercesión de la Santísima Virgen María, el Santo Padre les imparte complacido la implorada bendición apostólica».*

Tras la lectura del saludo pontificio procedió el señor arzobispo a la bendición de la imagen y del monumento.

Con toda solemnidad se realizó la sagrada liturgia, en la que fueron participando representantes de distinto ámbitos de la Iglesia: unos novios hacían las moniciones, una religiosa joven proclamó la primera lectura, un seminarista la segunda, un sacerdote cantó el salmo, unos catequistas las peticiones.

Especialmente emotivo fue el momento de las ofrendas en que un matrimonio con siete hijos pequeños se acercaron para presentar, además del pan y el vino, una réplica en pequeño de la imagen del Corazón de Jesús recién inaugurada de Pamplona que esa misma semana iban a entronizar en su casa, y para presentar una ecografía de un feto que había estado amenazado de muerte por el aborto y que ahora ya ha nacido gracias a los esfuerzos que se están realizando por familias de acogida y por la casa de acogida que se quiere implantar en la diócesis. La colecta de la Misa, que fue muy generosa por parte de los asistentes, se dedicó a sufragar estos proyectos.

En la homilía don Francisco, además de hablar de esta iniciativa, y de apoyar la adoración permanente y el servicio a los más necesitados y a las vocaciones, expresó su deseo de crear una capilla penitencial de la Misericordia, donde uno se pueda confesar a cualquier hora del día. En sus palabras destacaron las preciosas citas de santa Margarita María de Alacoque: *«Sólo el corazón humilde puede entrar en el Sagrado Corazón de Jesús, conversar con Él, amarle y ser amado por Él».* Si alguien quiere ponerse por encima de Dios, Jesucristo los denomina sabios y entendidos; éstos no comprenderán el sentido que tiene el Reino de Dios porque creen en sus propios reinos: reinos efímeros y aparentemente consistentes, reinos de lucha por el dominio y el poder, reinos de frustración al final. *«A pesar de toda oposición, este divino Corazón triunfará. Dichosos los que han sido instrumentos para establecer su Reinado»* (santa Margarita). El reino que libera al ser humano es el Reino de Dios. Del Corazón de Cristo nace una fuente de agua viva y esa agua quita la sed, tanta sed que hay en la humanidad: de amor, de paz, de justicia...

Vivir en el amor de Dios es estar junto a su cruz con fortaleza y confianza. «*No os espanten los muchos contratiempos que se os presentarán para establecer el Reinado de este amable Corazón; las contrariedades son prenda segura de que todo pertenece a Dios, puesto que sus obras se llevan a ejecución, por lo común, entre contradicciones y trabajos*» (santa Margarita).

Estamos aquí para ser testigos cualificados de este amor de Dios manifestado en un corazón humano, en el costado abierto de Jesucristo. Su imagen nos evoca hasta dónde nos amó el Señor. Queremos ser portadores de este amor por todas partes y por ello y para ello deseamos ofrecernos con generosidad a fin de que Jesucristo siga vivo y presente en cada uno de nosotros y entre nosotros. Consagrarnos a Él quiere decir: acoger su amor y darlo, desde nuestro corazón, a los demás; aceptar su voluntad y vivir nuestra vocación con alegría y generosidad; servir a todos llevándoles la alegría de ser hijos de un mismo Padre.

Roguemos a María que nos enseñe a ser discípulos fieles de su Hijo Jesucristo y que todos los santos de nuestra tierra salten de alegría por ver a esta Iglesia de Pamplona-Tudela gozar de la ternura, dulzura y misericordia que Cristo nos muestra desde su Corazón. Que llene el corazón de todos los navarros y nos dé razones para creer, para esperar y para amar. Os invito a que, entronizando en vuestras casas el Corazón de Jesús, podáis consagraros a Él. ¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío! ¡Oh Corazón divino, a ti me adhiero y en ti me pierdo. Sólo de ti quiero vivir, por ti y para ti!» (homilía de don Francisco en la consagración 20-VI-2010).

En el momento de la consagración de la santa Misa, postrados todos de rodillas para recibir al Señor que venía al altar, todos pudimos observar un detalle precioso de la Providencia. En ese momento se abrió el cielo, que había estado encapotado desde hacía muchos días y un rayo de sol invadió toda la explanada. Era un signo precioso de cariño y ternura por parte de Dios que parecía que con esto nos decía que agradecía todo lo que hacíamos por Él, que estaba con nosotros y que acogía nuestra consagración.

Fueron muchas las confesiones durante todo el tiempo de la celebración. Unos diez sacerdotes estuvieron confesando sin parar, y más aún fueron las comuniones. Treinta sacerdotes repartieron miles de sagradas formas que recibieron los fieles con gran piedad y recogimiento. Durante el largo tiempo que duró la comunión, don Francisco expuso el Santísimo y en diálogo con Él, le habló del acto de consagración que a continuación todos realizaríamos.

El silencio de la adoración se rompió con la lectura de la fórmula de consagración que todos pudimos leer rezándola de unas estampas que los volun-

tarios nos habían entregado al llegar. Le rezamos al Señor con una oración compuesta por Su Santidad Juan Pablo II y adaptada para esta ocasión: «*nos consagramos a tu Sagrado Corazón... Reina en nuestros corazones, en nuestras familias, en nuestra diócesis de Pamplona-Tudela, en Navarra y en el mundo entero. Nos ofrecemos nosotros mismos, todo lo que somos y tenemos. Haznos instrumentos de tu amor y de tu paz*».

Tras la recitación de la consagración sonó el himno de las Cortes de Navarra y a repique de campanas se dio la bendición con el Santísimo y la despedida final que provocó que todos los monaguillos y niños salieran corriendo a subir al monte y venerar el Corazón de Jesús, imagen preciosa que recuerda los deseos del Señor: «*dejad que los niños se acerquen a mi*». Después ya todos los asistentes, una vez retirado el altar, pudieron subir por la rampa a venerar la imagen del Corazón de Jesús y a depositar sus cartas de oración y sus velas en el lugar destinado para ello que hay en la base del monumento.

El gozo que se respiraba en la despedida de todos es difícil de describir. Se iba escuchando de unos y otros: «*¡Qué día más bonito!*», «*¡Cuánta gente!*», «*¿Te has fijado en el rayo de luz de la consagración?*», «*Hacía muchos años que no veíamos algo tan precioso en Navarra*», «*¡No ha llovido!*», «*¡Cuántos jóvenes ayudando!*», «*¡Qué bonitos los cantos!*», «*¡Qué contento tiene que estar el Señor!*».

Quiero terminar este artículo dando gracias al Corazón de Cristo, por mostrar su bondad con nosotros en todo esto. En la realización de esta consagración se me ha hecho muy palpable que ha sido Él quien ha querido hacerlo y lo ha hecho pese a todas las dificultades que han ido surgiendo. Me parece un milagro todo lo que ha ocurrido y esto mismo hace que aumente mi esperanza de que pronto, cuando el Corazón de Jesús quiera, realizará su promesa para todo el mundo de: «*Reinaré a pesar de mis enemigos*». Así, como decía Su Santidad Juan Pablo II: «*Sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia se podrá construir la civilización del Amor, el Reinado del Corazón de Cristo*». Así se realizará y así lo esperamos también de la acción de María, según lo que dijo el papa Benedicto XVI en su viaje a Fátima: «*Que estos siete años que nos separan del centenario de las Apariciones puedan apresurar el preanunciado triunfo del Corazón Inmaculado de María a gloria de la Santísima Trinidad*».

«*Virgen Madre de Dios y Madre nuestra querida, intercede por nosotros ante tu Hijo, para que las familias de los pueblos, tanto aquellas que llevan el nombre de cristianas como las que todavía no conocen a su Salvador, vivan en paz y en concordia hasta que todas formen un solo Pueblo de Dios, a gloria de la santísima e indivisible Trinidad. Amén*».

«El reino que libera al ser humano es el Reino de Dios»

Homilía de monseñor Pérez González, obispo de Pamplona, el día de la consagración de Navarra al Sagrado Corazón

Catedral de Pamplona, 20 de junio de 2010

Queridos hermanos:

1.- Hoy es un día de alegría puesto que el Amor de Dios revitaliza nuestras vidas y ese amor divino nos invita a ser partícipes activos de su misma vida. Él nos precede y de ahí que le hemos proclamado como nuestro Pastor. El salmo nos sitúa ante el cuidado de un pastor que lleva su rebaño por «verdes praderas, conduce hacia fuentes tranquilas y repara las fuerzas». El cuidado de Dios por nosotros es único y generosísimo. Nos ofrece lo mejor de sí y nos regala dones en abundancia. Por esto el Corazón de Jesucristo nos sostiene a todos y nos sustenta, nos hace partícipes de su Reino. En el padrenuestro decimos: «Venga tu Reino». «Pedimos que se haga presente en nosotros el Reino de Dios, del mismo modo que suplicamos que su nombre sea santificado en nosotros. Porque no hay un solo momento en que Dios deje de reinar, ni puede empezar lo que siempre ha sido y nunca dejará de ser. Pedimos a Dios que venga a nosotros el reino que tenemos prometido, el que Cristo nos ganó con su sangre y su pasión, para que nosotros tengamos después parte en el Reino de Cristo, como Él nos ha prometido, con aquellas palabras: Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (san Cipriano).

Todo lo que este Reino comporta lo desvela a los sencillos y humildes. «Sólo el corazón humilde puede entrar en el Sagrado Corazón de Jesús, conversar con Él, amarle y ser amado por Él» (santa Margarita María de Alacoque). Si alguien quiere ponerse por encima de Dios, Jesucristo los denomina sabios y entendidos; estos no comprenderán el sentido que tiene el Reino de Dios porque creen en sus propios reinos: reinos efímeros y aparentemente consistentes, reinos de lucha por el dominio y el poder, reinos de frustración al final. «A pesar de toda oposición, este divino Corazón finalmente triunfará. Dichosos los que han sido instrumentos para establecer su Reinado» (santa Margarita). El reino que libera al ser humano es el Reino de Dios. Del Corazón de Cristo nace una fuente de agua viva y esa agua quita la sed, tanta sed que hay en la humanidad: de amor, de paz, de justicia, de solidaridad... pero, sobre todo, de todo aquello que significa la realización personal

que madura en tanto en cuanto hay: «firmeza en la fe, humildad en la conducta, respeto en las palabras, rectitud en las acciones, misericordia en las obras, moderación en las costumbres, el no hacer agravio a los demás y tolerar lo que nos hacen a nosotros, el conservar la paz con nuestros hermanos; el amar al Señor de todo corazón, amarlo en cuanto Padre, temerlo en cuanto Dios; el no anteponer nada a Cristo, ya que Él nada antepuso a nosotros; el mantenernos inseparablemente unidos a su amor» (san Cipriano). Este es el sentido de la consagración que hoy hacemos al Sagrado Corazón: que nunca perdamos la unión con Jesucristo y desechemos nuestras seguridades y nuestros egoísmos asociándonos a su Amor misericordioso para fiarnos de Él y ofrecerle toda nuestra vida, sin reservas. Para ser fieles a su amor gratuito y de misericordia, además de la capilla de Adoración Perpetua abriremos otra capilla penitencial donde, durante toda la jornada, habrá confesores, amén de los que hay en las parroquias, en los horarios previstos. Sólo quien se acerca a Cristo y a su misericordia recibirá gracias abundantes.

Vivir en el amor de Dios es estar junto a su cruz con fortaleza y confianza. «No os espanten los muchos contratiempos que se os ofrecerán para establecer el reinado de este amable Corazón; las contrariedades son prenda segura de que todo pertenece a Dios, puesto que sus obras se llevan a ejecución, por lo común, entre contradicciones y trabajos» (santa Margarita).

2.- Que surja en nuestro interior un deseo y una petición: «Señor que no se haga lo que yo quiero sino lo que tú quieres». Nadie puede darnos mayor seguridad que Jesucristo puesto que Él nada necesita de nosotros y todo nos lo da: nos sosiega, nos alivia, nos saca del agobio, nos descansa, nos alienta, nos fortalece, nos anima. Si aprendemos de Él a vivir con humildad, nos asegura que seremos felices; si nos guiamos por Él, nos hace libres; si acudimos con confianza, nos ilumina; si somos generosos con Él, nos llena de gracias infinitas. De ahí que nos diga: «¡Venid a mí!» y de modo especial a los que están cansados, atormentados, sufrientes, desilusionados... Él siempre da sosiego y alivio. Hoy de nuevo nos invita y nos ofrece su Amor, un amor



auténtico sin ningún interés, sólo porque nos ama inmensamente y desinteresadamente.

Queremos vivir unidos al Corazón de Cristo y sentirnos aliviados a fin de ser signos de esperanza para los demás. ¿Cuántos enfermos que ofrecen sus sufrimientos al Corazón de Cristo se sienten reconfortados? ¿Cuántos que sufren moralmente por alguna circunstancia personal o familiar y encuentran razón para seguir luchando? ¿Cuántos que están desanimados de la vida encuentran un Amigo que nos les falla? ¿Cuántas futuras madres que encontrándose en la encrucijada para cometer el gravísimo pecado del aborto deciden «dar a luz» al hijo de sus entrañas? Por eso queremos abrir una Casa de Acogida a madres gestantes para que luchen por la cultura de la vida y aprecien al hijo que llevan en su seno que ya tiene un corazón semejante al corazón humano de Cristo. ¿Cuántos jóvenes que buscan la felicidad efímera en opciones egoístas deciden entregarse al Señor buscando el Reino de Dios y eligen el camino del sacerdocio o de la vida religiosa o del sacramento del matrimonio? Promoveremos las vocaciones en la diócesis al amparo del amor de Cristo. ¿Cuántos matrimonios cuya vida se dirigía al fracaso han confiado en el Corazón de Cristo y siguen felizmente su fidelidad de esposos? Lucharemos por la educación de los novios y por la unidad en la familia que tanto está presente en el Corazón de Dios. ¿Cuántos ancianos desesperados por la soledad encuentran la compañía que más le anima y alegra, en el regazo amoroso de Cristo amigo? Trataremos de atender a los mayores y a los enfermos llevándoles este amor que siempre alivia. ¿Cuántos niños que ante las dificultades de sus padres se sienten amparados por la ternura de Jesucristo que les hace felices? Aportaremos lo mejor para que la niñez y la juventud encuentren en el Corazón de Cristo la verdadera educación, libertad y alegría. ¿Cuántos misioneros que ante la dureza de su entrega encuentran alivio y esperanza en el Corazón de Cristo y esto les ayuda a ser más generosos? Estaremos al lado de ellos

con nuestra oración y solidaridad como cercanía de este amor generoso de Cristo. ¿Cuántos servidores de la «res pública» que aturdidos por tantos problemas que les asaltan encuentran sosiego, paciencia, ilusión y sacrificio por llevar adelante aquellos proyectos de mayor humanización, bienestar familiar y social? Apoyaremos todas las iniciativas que ayuden a vivir la cultura de la vida, de la solidaridad y de la paz que está tan presente en el Corazón de Cristo. ¿Cuántos gestos de solidaridad para los pobres y necesitados, que esperan encontrar manos amigas y corazones abiertos, como expresión concreta del amor del Corazón generoso de Cristo, hallan sentido a su vida superando el desamparo y la marginación? Potenciaremos todo lo posible la labor que se hace desde Cáritas Diocesana para que los pobres encuentren el calor humano que emana del Corazón de Cristo.

Estamos aquí para ser testigos cualificados de este amor de Dios manifestado en un corazón humano, en el costado abierto de Jesucristo. Su imagen nos evoca hasta dónde nos amó el Señor. Queremos ser portadores de este amor por todas partes y por ello y para ello deseamos ofrecernos con generosidad a fin de que Jesucristo siga vivo y presente en cada uno de nosotros y entre nosotros. Consagrarnos a Él quiere decir: acoger su amor y darlo, desde nuestro corazón, a los demás; aceptar su voluntad y vivir nuestra vocación con alegría y generosidad; servir a todos llevándoles la alegría de ser hijos de un mismo Padre.

Roguemos a María que nos enseñe a ser discípulos fieles de su Hijo Jesucristo y que todos los santos de nuestra tierra salten de alegría por ver a esta Iglesia de Pamplona-Tudela gozar de la ternura, dulzura y misericordia que Cristo nos muestra desde su Corazón. Que llene el corazón de todos los navarros y nos dé razones para creer, para esperar y para amar. Os invito a que, entronizando en vuestras casas el Corazón de Jesús podáis consagraros a Él. ¡Sagrado Corazón de Jesús en vos confío! ¡Oh Corazón divino, a ti me adhiero y en ti me pierdo. Sólo de ti quiero vivir, por ti y para ti!

El padre Jerzy Popieluszko (1947-1984): un mártir de nuestros tiempos

MARCIN KAZMIERCZAK

La vocación sacerdotal

JERZY (en castellano Jorge) Popieluszko nació el 23 de septiembre de 1947 en el pequeño pueblo de Okopy (noreste de Polonia) como tercero de los cinco hijos de Wladyslaw y Marianna. En 1965, siguiendo el ejemplo de su santo favorito, san Maximiliano Kolbe, decidió emprender el camino hacia el sacerdocio e ingresó en el seminario de Varsovia. En los años 1966-68 efectuó el servicio militar en un destacamento especial para los seminaristas. En 1972 recibió la ordenación sacerdotal de mano del primado de Polonia, el cardenal Stefan Wyszynski. Trabajó en varias parroquias de Varsovia, siendo la última de ellas, la de San Estanislao de Kostka, en el barrio de Zoliborz. Sin embargo, debido a graves problemas de salud (tuvo que someterse, entre otros, a una complicada operación de los tiroides) tuvo que dejar la función de vicario y permaneció en la parroquia en calidad de sacerdote residente. No obstante, en 1978 fue nombrado capellán de los médicos y de las enfermeras de Varsovia, debido a lo cual, le tocó coordinar el servicio médico durante los viajes del papa Juan Pablo II a Polonia en 1979 y 1983.

El capellán de los obreros

FRUTO de una casualidad o, mejor dicho, como designio de la Providencia, el padre Popieluszko asume también la capellanía de los obreros en el agitado año 1980, cuando el movimiento sindicalista católico *Solidarnosc* (Solidaridad) pone a las autoridades comunistas en aprieto mediante una huelga general, que literalmente paraliza todo el país y obliga a los comunistas a emprender las negociaciones. En respuesta a la demanda de los obreros el cardenal Wyszynski pide al párroco de San Estanislao de Kostka que acuda a la huelga para asistir espiritualmente a los obreros, pero éste ya tenía otro compromiso y, al no tener otro remedio, envía como sustituto al joven padre Popieluszko. Éste pronto entabla una relación muy especial con los obreros: se convierte en su amigo y su guía espiritual. Se celebran misas dentro de la planta siderúrgica de Varsovia (cosa impensable hasta entonces

en un país comunista), los obreros hacen cola para confesarse y se sienten acompañados por su sacerdote, cuya presencia les da ánimo y confianza. Aquellas grandes huelgas de agosto de 1980 acabaron con la firma de un acuerdo entre el gobierno comunista y el presidente de *Solidarnosc*, Lech Walesa, en virtud del cual *Solidarnosc* fue legalizada, convirtiéndose a la vez en un movimiento sindical de una relevancia insospechada, con diez millones de afiliados. Parecía una gran victoria, aplaudida no solamente por la sociedad polaca, sino por todas las sociedades occidentales.

Sin embargo, los comunistas, recuperados del golpe-sorpresa de la huelga general, estaban preparando en silencio un doloroso contragolpe. El 13 de diciembre de 1981 el general Jaruzelski, comunista convencido y títere en las manos del gobierno de Moscú, declara «el estado de guerra», que es como se denomina la ley marcial en la legislación polaca. La acción preparada y ejecutada con una precisión militar consiste en encarcelar en una sola noche toda la cúpula de *Solidarnosc* (más de diez mil hombres y mujeres, incluido Lech Walesa), cortar las líneas telefónicas, prohibir reuniones, declarar las huelgas ilegales y enviar tropas de asalto contra los trabajadores de las fábricas y las minas, en las que éstos se hicieron fuertes, como por ejemplo en la mina Wujek, en Silesia, donde los mineros ofrecieron resistencia, pagando con la muerte de nueve de ellos y varios más heridos. Así pues, la incipiente libertad política queda suprimida, la oposición política eliminada y el único espacio de cierta libertad de palabra que queda son las iglesias, que se llenan de fieles cada domingo en un país donde el 90 por ciento de la población es practicante y cuyo fervor religioso es animado por las palabras del papa polaco.

Los servicios secretos y la policía comunista no pueden soportar la libertad de palabra que ejercen los sacerdotes en las iglesias. Sacerdotes, como el padre Jerzy Popieluszko, el padre Kazimierz Jancarz de Cracovia-Nowa Huta o el padre Henryk Jankowski de Gdansk-Santa Brígida organizan las misas por la patria, proporcionan ayuda a las familias de los encarcelados y no tienen miedo de reivindicar públicamente la liberación de los presos y exigir el respeto por la libertad y la dignidad de su



nación. Éstos despiertan una auténtica furia en los comunistas, ávidos de alcanzar la totalidad del poder sobre un pueblo privado de sus líderes políticos. Los servicios secretos recurren a diversos métodos para amedrentar a los sacerdotes indomables. Por un lado presionan a las autoridades eclesiásticas para que les retiren la facultad de pronunciar sermones o que les envíen al extranjero (ante tales demandas del gobierno el nuevo primado Josef Glemp consideró oportuno pedir al padre Jorge que se fuera a estudiar a Roma), por otro extienden una densa red de espionaje, infiltrando en el entorno más próximo de los sacerdotes a espías y a agentes secretos. En el caso del padre Popieluszko ninguna de estas medidas surte efecto. Le responde al cardenal Glemp que no puede ir a estudiar a Roma, porque no puede abandonar a sus obreros. Reza por los policías que le siguen por todas partes, les lleva el té caliente, cuando los ve vigilando la entrada de su piso; por Navidad sale a compartir las obleas (vieja tradición polaca) con los soldados de Jaruzelski, que ocupan las calles de Varsovia y siente una verdadera compasión por ellos. Al mismo tiempo sigue incansablemente con su labor pastoral. A las misas por la patria en Zoliborz acuden miles de personas de todo el país y el padre Popieluszko, de forma totalmente inesperada incluso para él, se convierte en el sacerdote más querido por su pueblo y más odiado por las autoridades.

La noticia de su labor llega a Juan Pablo II quien a partir de entonces siempre pedirá a los peregrinos de Zoliborz que acuden al Vaticano que trasladen

sus saludos a su sacerdote y durante la visita del obispo auxiliar de Varsovia, Zbigniew Kraszewski, le pide que cuide mucho al padre Jerzy.

Mientras tanto, las autoridades refuerzan su actividad represiva con la ayuda de la prensa. En los periódicos oficiales aparecen artículos que atacan brutalmente al padre Popieluszko, acusándolo de ser un fanático religioso y reaccionario político. Los agentes secretos invaden su pequeño piso en su ausencia y dejan allí folletos antigubernamentales y armas de fuego, pretexto que se utiliza para encarcelarlo. La noche que pasa en la cárcel con verdaderos criminales y asesinos, sirve para que entable amistad con ellos y que algunos de ellos aproveche para confesarse. Como fruto de la intervención del episcopado es liberado, pero los ataques ya no cesan y se hacen cada vez más violentos. Recibe continuamente amenazas de muerte por teléfono. Le tiran dentro de su piso un ladrillo —rompiendo la ventana— con una carta, en la que se le anuncia su muerte. Los agentes secretos realizan un intento de asesinato, intentando causar un accidente mortal, en el camino de vuelta de Gdansk a Varsovia; pero por esta vez el chófer y amigo del padre, Waldemar Chrostowski, consigue desviar el coche y ambos salen ilesos. Hasta algunos de sus amigos más próximos temen por su vida y le piden que se marche a Roma.

Él es consciente del peligro y tiene momentos de duda, pero al final decide seguir con su misión y como un buen pastor no abandona a sus ovejas. En la conversación con una de las personas de su entorno más próximo, Anna Szaniawska, reconoce: «Sé que caeré antes o después». «Pues que sea lo más tarde posible», contestó ella. En respuesta escuchó las palabras del padre Jerzy: «Eso está en las manos de Dios. Además, ¿qué hay de más maravilloso para un sacerdote que morir por Dios y por la patria?». Pero no buscaba el martirio de una manera voluntaria e imprudente. Aceptó ser acompañado siempre por alguno de los obreros, especialmente por su chófer, que hacía las veces de guardaespaldas. Sus amigos reconocen que humanamente tenía miedo.

En su última aparición pública, pocas horas antes de ser secuestrado, pide a Dios: «recemos para que estemos libres del miedo pero, sobre todo, del deseo de venganza y de violencia». Su lema principal, que repetía en numerosas ocasiones, también en esta última, fue la frase de san Pablo: «vence al mal haciendo el bien» (Rm 12,21). Estas palabras las pronuncia el día 19 de octubre de 1984 en la meditación del misterio de la muerte de Cristo, rezando el rosario en la iglesia de Santos Mártires en la ciudad de Bydgoszcz, a unos trescientos kilómetros de Varsovia.

La hora del martirio anunciado

ESTE mismo 19 de octubre de 1984 el padre Popieluszko es secuestrado y llevado a un paradero desconocido. Aunque siga habiendo bastantes cosas por aclarar en cuanto a las circunstancias del crimen la versión de la que disponemos como fruto de las declaraciones del chófer y de los propios secuestradores es la siguiente: el padre Popieluszko, tras haber asistido al rosario en la parroquia de los Santos Mártires en Bydgoszcz se dispone junto con su chófer a retornar a su parroquia en Varsovia. En un bosque a medio camino entre las dos ciudades les detienen unos policías y les separan. Ponen a Waldemar en uno de los coches y al padre en otro. El padre es golpeado y torturado cruelmente (entre otras torturas le arrancan la lengua). Acto seguido, lo atan, lo ponen en un saco con piedras y lo tiran a un pantano cerca de Varsovia.

Mientras tanto el chófer espera su oportunidad y cuando atraviesan un pueblo, a pesar de estar espasado, consigue abrir la puerta y salta a la calle, donde rápidamente avisa a la primera persona que encuentra, cosa que obliga a las autoridades oficiales a emprender la búsqueda del padre Popieluszko. Como resultado, el día 30 de octubre el cuerpo es encontrado por los buzos y la foto del sacerdote masacrado recorre el mundo entero.

Esta noticia conmueve a toda la nación, al papa Juan Pablo II y a la opinión pública internacional. Su cuerpo es enterrado al lado de la iglesia de San Estanislao de Kostka en Zoliborz y en seguida se convierte en el lugar de peregrinación de sus compatriotas, el más célebre de los cuales, Juan Pablo II acude para rezar en la tumba del nuevo mártir en su viaje en 1987.

En actualidad en el sótano de la iglesia existe un museo del padre Popieluszko, donde se puede ver, entre otras cosas, la sotana manchada de sangre, que llevaba el día en el que fue secuestrado.

Un recuerdo personal

SIENDO un niño de ocho años tuve la enorme suerte de participar regularmente en las misas por la patria celebradas por un amigo del padre Jerzy Popieluszko, el padre Kazimierz Jancarz, en la parroquia de San Maximiliano Kolbe, en Cracovia-Nowa Huta. Las circunstancias obligan a veces a madurar más de prisa; a la edad de ocho años tenía plena conciencia de los acontecimientos, sabía que todo lo que decía la prensa y la televisión y buena parte de lo que se nos decía en el colegio era mentira. Gracias a mi madre, miembro activo de la ilegalizada Solidarnosc, estaba perfectamente in-

munizado contra el totalitarismo comunista. Entre los invitados a las misas por la patria en nuestra parroquia que se celebraban cada jueves por la noche se contaban personajes de la talla de Lech Walesa, quien había venido varias veces, o el mismo padre Popieluszko, a quien tuve la posibilidad de escuchar.

Pero el recuerdo más conmovedor relacionado con el padre Popieluszko es la oración, noche tras noche, delante del Santísimo, en la famosa cripta de la Virgen (algunos miembros de Schola la conocieron durante el viaje a Polonia en 2005) las diez noches desde la noticia del secuestro hasta el día en el que su cuerpo fue encontrado. Recuerdo la palidez de la cara del padre Kazimierz al comunicarnos finalmente la noticia de la muerte de su amigo y las lágrimas de mi madre y de las demás personas reunidas en oración. Y esa conciencia estremecedora de que uno de nuestros sacerdotes se acababa de convertir en un nuevo mártir de la Iglesia.

Y pocos días después la travesía en el tren de Cracovia a Varsovia para asistir al funeral. Desde la ventana del tren, en las afueras de Varsovia, se veían interminables columnas de tanques, soldados, artillería, destacamentos de policía. Se temía el estallido de una revuelta política. Pero no la hubo; hubo oración de centenares de miles de personas, muchas lágrimas, y un sentimiento de unidad en la fe en torno a la tumba del sacerdote que se dio en nombre de Cristo enteramente a su pueblo, siguiendo el ejemplo del Señor.

Recuerdo todavía, un año más tarde, cuando al igual que miles y miles de mis compatriotas, fui con mi madre a la tumba del padre Jerzy. La encontramos justo al lado de su iglesia: dos bloques de mármol negro, en forma de una cruz. Nos acercamos para venerar la tumba y qué sorpresa la nuestra al ver a una señora no muy mayor, vestida de luto, limpiando la lápida: ¡la madre del padre Jerzy! Nos acercamos para abrazarla, al igual que varias otras personas. Devolvía los abrazos cariñosamente. En su cara simple y curtida de campesina polaca se veía tristeza pero a la vez una infinita paz, resignación y confianza.

El día 6 de junio de este año, Marianna Popieluszko, que hoy todavía goza de buena salud, pudo asistir a la ceremonia de la beatificación de su hijo en la plaza Pilsudski en Varsovia. Las lágrimas de tristeza y dolor que derramó veinticinco años atrás se convirtieron en lágrimas de alegría, cuando oyó las palabras del papa Benedicto XVI que saludaba desde Chipre a los reunidos en la ceremonia de la beatificación diciendo:

«El sacrificio y el ministerio del padre Popieluszko son un signo particular de la victoria del bien sobre el mal. Que su ejemplo y su intercesión despierten el celo en los sacerdotes y enciendan el amor de los fieles.»

El Sagrado Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles

Su reconstrucción, una ocasión de desagravio

F. VILARRUBIAS G.

EN la Baja Edad Media, según algunos historiadores, se construyó, en el actual promontorio conocido como Cerro de los Ángeles, una ermita bajo la advocación de Nuestra Señora de los Ángeles. Esta ermita, ubicada en el actual término municipal de Getafe, ocupa el lugar más alto del cerro en el que esta enclavado el monolito que señala el centro geográfico de España.

La «Gran Promesa» de aquel 14 de mayo de 1733, fiesta de la Ascensión, que el Sagrado Corazón de Jesús hizo al hoy beato Bernardo Francisco de Hoyos, S.I., «Reinaré en España y con más veneración que en muchas otras partes» junto a su deseo «de entronizar en España el Corazón adorable de Jesús», se materializará, años más tarde, con la construcción de un monumento en honor al Corazón de Jesús, para entronizar su reinado en España. La colocación de la primera piedra tuvo lugar en junio de 1916, obra del escultor Aniceto Marinas. En los lados de la mesa del altar se grabaron los escudos de S.S. Benedicto XV y del obispo de Madrid respectivamente, con la dedicatoria «España al Sagrado Corazón de Jesús».

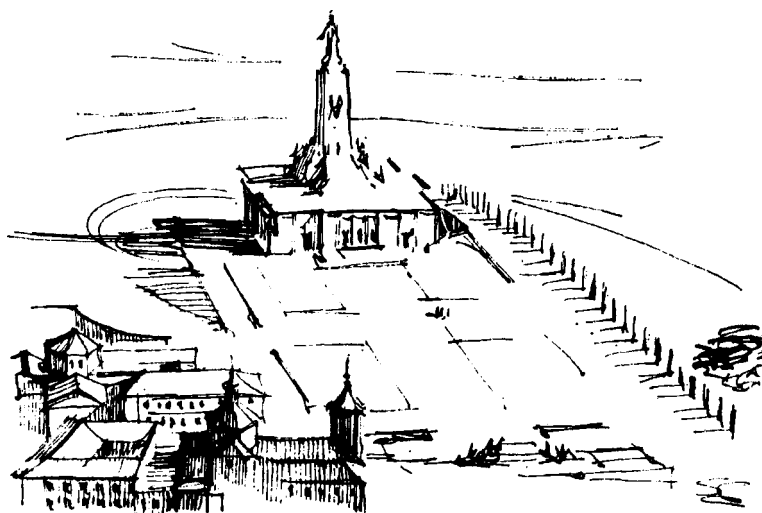
El monumento, construido con las aportaciones de un gran número de fieles que respondieron con generosidad a la suscripción pública promovida a tal fin, se inauguró el 30 de mayo de 1919. En aquel acto, el rey Alfonso XIII leyó personalmente la fórmula de consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús. Con ello se cumplía la revelación al beato Bernardo de Hoyos, mas en aquellas fechas

ya eran muchos los españoles que, dando la espalda a Dios, iniciaban un camino sin retorno hacia la cruel lucha fratricida ocurrida años después.

Al tiempo de la citada construcción y consagración, se propagó en el Cerro la adoración al Santísimo Sacramento, la más excelsa de las manifestaciones de amor que se le puede llegar a hacer. De rodillas ante Dios realmente presente en la Eucaristía, el hombre se enaltece y alcanza el máximo grado de dignidad al hacer patente su filiación divina y su amor a Dios misericordioso.

Para que el Sagrado Corazón de Jesús tuviese cerca una constante manifestación de entrega amorosa a su santa voluntad, en 1925 se funda en el Cerro el convento de las carmelitas descalzas, hijas de santa Teresa de Jesús y de santa Maravillas de Jesús. De este modo el divino Corazón no ha dejado de sentir, ni un instante, salvo en la guerra civil, el latido del corazón amoroso de las carmelitas del Cerro.

Tras cinco intentos de destruir el monumento y la imagen del Sagrado Corazón de Jesús del Cerro, el 7 de agosto de 1936 (primer viernes de mes), se consumó el sacrílego propósito al hacer caer al suelo la imagen, tras oírse tres fuertes explosiones de dinamita que habían sido precedidas por innumerables disparos a la imagen. Una vez en el suelo la cabeza del Corazón de Jesús fue profanada con especial odio, al dejarla completamente desfigurada a causa de los innumerables golpes dados con mazos de hierro. Mas lo que lograron hacer con el rostro,



no lograron hacerlo con el corazón de la imagen, pues la piedra donde está grabado el corazón de aquel Sagrado Corazón de Jesús fusilado y dinamitado se mantuvo indemne pese a los veintidós impactos de bala contra ella disparados, como intacta quedó también la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles del Cerro, patrona de Getafe.

Aquel corazón que aún hoy se mantiene y aquella imagen de Nuestra Señora, son testigos mudos de cuán difícil es destruir el amor de Dios y de su Madre hacia los hombres, aun en los momentos en que los hombres despreciaran su Amor y su divina Misericordia. Mas tampoco entonces pudo triunfar el desaliento, el enemigo más pertinaz del Amor. Así en aquellas fechas, en el Cerro, murieron cara al monumento y con los brazos en cruz, cinco jóvenes adoradores que, voluntariamente, y por amor, quedaban velando ante el Santísimo Sacramento expuesto aquellas noches de julio de 1936. Mientras esto sucedía, en una ciudad de Polonia, Jesucristo revelaba el don de la divina Misericordia a santa Faustina Kowalska. Divina Misericordia que sigue hoy llegando a los hombres con las manos del Corazón de Jesús tendidas al mundo.

El 25 de junio de 1965 se inaugura un nuevo monumento al Corazón de Jesús, que sustituye al destruido, renovándose en el año 1969 la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús. El 6 de julio de 1975 se inaugura la iglesia que sirve de base al monumento. Ahí reposan los cuerpos de los cinco jóvenes mártires adoradores del Cerro de los Ángeles. La Providencia quiso que la familia real de quien en 1919 consagró España al Corazón de Jesús, volviera a reinar, y sin que ninguno de sus miembros reales hubiese fallecido como consecuencia de aquella contienda.

Hoy el monumento del Cerro de los Ángeles no está en ruinas como estuvo, pero la imagen está muy deteriorada. Las constantes profanaciones, desprecios, silencios y negligencias culpables, han logrado que la imagen del Sagrado Corazón de Jesús quede ennegrecida, como testimonio de nuestro desamor. La dinamita del laicismo y de tan desagradecido olvido han dejado, nuevamente, huella lacerante en el Corazón de Jesús del Cerro.

Con las gracias recibidas por la beatificación del apóstol del Sagrado Corazón de Jesús, beato Bernardo de Hoyos, se nos brinda una nueva oportunidad de desagaviar al Sagrado Corazón, para que volviendo los ojos hacia su misericordioso amor, y renovando la entrega, imploremos su perdón y la conversión de todos los pecadores que haga realidad la profecía hecha al Beato en 1733.

Ante los reiterados sacrilegios, blasfemias y profanaciones; ante tantos silencios de quienes debieran ser portadores de la Palabra y de la Verdad; ante tantas leyes injustas e inicuas, podemos y debemos con nuestra oración y nuestra aportación a la reconstrucción de la imagen y del monumento, hacer reparación y expiación pública por todo ello, pidiendo la conversión y la paz para todos los españoles, trabajo para quienes no lo tienen, y que se respete en todo momento la inviolable dignidad de toda persona, reparando cualquier atentado contra la misma. Para hacer posible tal reconstrucción se ha promovido una nueva suscripción pública a la que todos debemos sentirnos invitados a participar con voluntad reparadora y confiando en el amor del Sagrado Corazón de Jesús, seguros de su permanente agradecimiento. Los donativos deben realizarse en la c/c del Banco Popular núm. 0075 0226 21 0600608520, haciendo constar «Restauración monumento».

Con la luz que, al terminar la reconstrucción iniciada, iluminará al Sagrado Corazón de Jesús del Cerro, pedimos a Dios, en palabras pronunciadas en su día por S.S. Pablo VI: «que los destellos nítidos en el Cerro de los Ángeles iluminen y guíen a los católicos españoles» y con ello se favorezcan actos de desagravio y de verdadero amor, teniendo siempre muy presente que «ningún corazón humano puede imaginar lo que tú preparas a los que te aman».

Y al tiempo, con nuestros corazones contritos, suplicarle al Corazón de Jesús aumente las vocaciones sacerdotales, así como una especial protección para todos los sacerdotes y religiosos de su Iglesia santa, para que sus corazones sean como el del beato Bernardo de Hoyos, corazones de Eucaristía, alejados de cualquier afecto terreno. Y todo ello por la intercesión maternal del Inmaculado Corazón de María y la protección del arcángel san Miguel.

Entonces, por fin, podrán sanarse tantas heridas; entonces todo derecho recobrá su vigor antiguo en provecho de la autoridad, y se restituirán los bienes y el ornato de la paz, caerán las espadas, y las armas se escurrirán de las manos cuando todos acepten de buen grado la soberanía de Cristo y a Él obedezcan, y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

LEÓN XIII: *Annum Sacrum*

Miguel Ferrer Flórez (1922-2009)

SANTIAGO M. AMER

DON Miguel Ferrer Flórez, presidente de Schola Cordis Iesu de Mallorca y asiduo colaborador de la revista *Cristiandad*, falleció en Palma, capital de Mallorca y de la comunidad autónoma de las Islas Baleares, el 29 de agosto de 2009, ciudad en la que había nacido el 12 de octubre de 1922.

Licenciado en Filosofía y Letras, sección de Historia, por la Universidad de Barcelona en 1947, obtuvo el doctorado en 1972 por la misma Universidad y ocupó la cátedra de Historia e Instituciones Económicas en la Escuela Universitaria de Ciencias Empresariales de la Universitat de les Illes Balears desde 1958 hasta su jubilación, además de ejercer la enseñanza en diversos centros religiosos como el Colegio de Nuestra Señora de Montisyon, uno de los más antiguos en activo de la Compañía de Jesús. Y en Madre Alberta, de la congregación fundada por la venerable Cayetana Alberta Jiménez Adrover en el siglo XIX. Colaboró en muchas iniciativas pedagógicas en todos los niveles de enseñanza, principalmente medio, superior y universitario.

Ingente fue asimismo su trabajo de investigación en temas históricos de Mallorca, sobre todo de las épocas contemporánea y medieval, y en el campo lulístico, y sus valiosas colaboraciones en *Cristiandad*, de las que debemos destacar las relacionadas con la familia Orlandis y sus descubrimientos sobre la poesía de sus miembros y del genio poético del mismo padre Ramon Orlandis Despuig, S.I., fundador e inspirador de la sección del Apostolado de la Oración Schola Cordis Iesu y de la revista *Cristiandad*. Quería, como me comentaba personalmente, darles a conocer más en Mallorca, como lo llevó a cabo en diversas revistas y periódicos locales (*El día del Mundo* [1994], *Lluc* [1997], *Cala Murta* [1997], *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, etc.), y ya en la temprana fecha de 1948 en una conferencia en la Congregación Mariana de Palma «La poesía de Pere Orlandis i Despuig». Recordamos a modo de ejemplo su artículo en *Cristiandad*, con la aportación de documentos inéditos, en los números

764 y 765, del año 1995, «Ramon Orlandis i Despuig: Dios, familia y poesía».

Su colaboración en nuestra revista no se ciñó al aspecto indicado. Artículos sobre espiritualidad de san Claudio la Colombière, de santa Clara, de santa Teresa Benedicta de la Cruz, del siervo de Dios Costa i Llobera en relación con la del Corazón de Jesús y de su pensamiento en relación con el magisterio de la Iglesia, entre otros temas y personajes de altura teológica y espiritual, lo avalan profusamente.

En su intensa actividad pública como escritor y conferenciante, habían de llegar las distinciones. Destacamos el Premio Ciudad de Palma ya en 1973, la Medalla de la Universitas Balearica en 2001, el Premi Ramon Llull de la Comunitat Autònoma de les Illes Balears en 2005 y la ya póstuma Medalla d'Or de la Ciutat de Palma, otorgada unánimemente por la Corporación Municipal en el marco de la fiesta cívica más solemne de la Ciudad, en torno al aniversario de la entrada victoriosa del Rei en Jaume (Jaime I de Aragón) en la Medina Mayurka, el 30 de diciembre de 2009.

Llegó a Schola Cordis Iesu al poco de su fundación en Mallorca en 1985 y desde entonces hasta su última enfermedad en el año anterior a su muerte fue constante en la reunión de los viernes como oyente y conferenciante, mostrando su proverbial hombría de bien. Fue elegido presidente por unanimidad. Todos recordamos con fruición su insuperable maestría en los temas que más le gustaba exponer: los de espiritualidad, ascética y Sagrada Escritura, que estimaba, como me dijo, más que sus propias obras. Con grandísima humildad, dejaba en muchas ocasiones a otros, como al que suscribe, simple aficionado, la exposición de temas históricos, ¡y no dejaba de felicitarnos al final de la intervención!

Siempre presente en el afecto, añoramos su magisterio, aunque piadosamente creemos que contamos con un nuevo intercesor en el cielo y le encomendamos que siga pensando en sus queridísimas Schola, Iglesia y Mallorca, a las que dedicó su vida espiritual y profesional. *Al Cel sia el nostre D. Miquel i que ens hi vegem tots.* Amén!

Jesús reside en Cafarnaúm

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

«... Y, dejando Nazaret, fijó su residencia en Cafarnaúm, junto al mar, en los confines de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliese el oráculo del profeta Isaías: “Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar desde la Transjordania, Galilea de los gentiles. El pueblo que yacía en las tinieblas ha visto una gran luz, y sobre aquellos que estaban sentados en la región sombría de la muerte se levantó una luz” (Is 9, 1). Desde entonces comenzó Jesús a predicar. Decía: Convertíos; porque el Reino de los Cielos está cerca ...» (Mt 4, 13-17)

Como sabemos, y hemos comentado ya en alguna ocasión, la vida pública de Jesús transcurrió durante más de dos años en Galilea, junto al lago de Genesaret. Allí formó a sus primeros discípulos y eligió entre ellos, a los doce apóstoles. También allí realizó la mayor parte de los milagros, y enseñó a las multitudes que le seguían de un pueblo a otro. Cruzó el lago varias veces para recorrer las poblaciones gentiles de la costa oriental, multiplicó los panes y los peces en ambas orillas, y mantuvo como centro de sus movimientos la población de Cafarnaúm. Así llegó a ser ésta, la *ciudad de Jesús*.

Cafarnaúm era una población, situada en la orilla noroccidental del lago Tiberíades, que constituía un importante centro comercial entre oriente y occidente. Situada sobre la llamada «Vía Maris» permitía las comunicaciones marítimas de la populosa Damasco, y era por tanto una ciudad de paso de viajeros y caravanas. Precisamente gracias a esta circunstancia, veremos allí a san Mateo (Leví), siendo llamado por Jesús desde su mesa de recaudador de impuestos. Cafarnaúm tenía aduana y guarnición romana, y además una sinagoga de la que se conservan importantes restos. Allí ejerció nuestro Señor como maestro de la Ley, por propio derecho.

Jesús vivía muy probablemente en la casa de san Pedro. El fundamento se encuentra en el episodio de la curación de la suegra del apóstol, que relatan los tres sinópticos y que comentaremos en breve. En efecto, el contexto nos hace comprender que la estancia de Jesús, con sus más allegados, incluida su madre la Virgen María, en la casa de Pedro era



Restos de la casa de san Pedro, en Cafarnaúm

habitual. Desde allí se desplazaba por los alrededores para predicar, y frecuentemente se ausentaba por algún tiempo, seguido por sus discípulos, cuyo número aumentaba constantemente. Esta primera predicación, teniendo como base la casa de san Pedro, se extiende como se ve en el texto, no sólo por la Galilea sino también hacia Siria, la Decápolis, etc. es decir por territorio pagano o gentil. Esto volverá a ocurrir más veces durante la estancia en la región del lago Genesaret.

«... Al ser de día, [(Mc 1) antes de amanecer, se levantó Jesús, salió y se alejó a un lugar solitario, donde se puso en oración. Tras Él se fueron Simón y sus compañeros, y al encontrarlo le dijeron: Todos te andan buscando. Él les respondió: Encaminémonos hacia otra parte, a los poblados cercanos, para predicar yo allí también; pues para esto he venido.] Y cuando dieron con Él, intentaron retenerle a su lado. Mas Él les dijo: También debo anunciar la buena nueva del Reino de Dios a las demás ciudades, pues para esto he sido enviado ...» [Lc 4, 42 - 44 (Mc 1, 35 - 39)]

Jesús madruga y va al monte a orar. Los peregrinos que han tenido ocasión de recorrer los alrededores de Cafarnaúm, desde Tabga hasta el monte de

Sinagoga de Cafarnaúm, del siglo II, que fue edificada sobre los cimientos de la que había sido contemporánea de Jesús



las Bienaventuranzas, pueden imaginar perfectamente los lugares por los que nuestro Señor andaba, oraba y predicaba.

Jesús pasaba frecuentemente a la orilla oriental, unas veces por mar, o también por tierra hacia Betsaida, es decir por la «Vía Maris» en dirección a Damasco, como ya hemos mencionado.

«... Su fama se extendió a toda la Siria; y le traían a todos los que se encontraban mal de cualquier clase de enfermedad y oprimidos por cualquier dolor, endemoniados, lunáticos y paráliticos, y los curaba. Y le seguía una gran muchedumbre de Galilea, de la Decápolis, de Jerusalén y del otro lado del Jordán ...» (Mt 4, 23 - 25).

Curación de un endemoniado

Además de evangelizar toda la Galilea y alrededores, Jesús predicaba y enseñaba en la sinagoga de Cafarnaúm, donde estaba bien considerado (a diferencia de lo acontecido en Nazaret, como es sabido), y era habitual que leyera y comentara los textos bíblicos. Jesús, con toda probabilidad era estimado, en Cafarnaúm, como doctor de la Ley; así se desprende del contexto de la narración. El texto que ponemos a continuación, aunque no es el único, deja traslucir este prestigio que tenía Jesús allí:

«... Entraron en Cafarnaúm; y llegado el sábado fue a enseñar a la sinagoga, y se admiraban de sus enseñanzas, pues les adoctrinaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. Estaba entonces en la sinagoga un hombre poseído de un espíritu inmundo, que vociferó diciendo: ¿Qué tienes que ver tú con nosotros, Jesús Nazareno? Has venido a per-

derarnos. Sé quien eres, el Santo de Dios. Jesús le increpó diciendo: Enmudece y sal de él. Y el espíritu impuro, atormentándole y gritando estrepitosamente, salió de él [(Lc 4) sin causarle mal alguno]. Todos se quedaron atónitos, hasta el punto de que se preguntaban unos a otros: ¿Qué es esto? ¿Una enseñanza nueva y llena de autoridad!; pues manda a los espíritus impuros y le obedecen. Pronto su fama llegó a todas partes por las regiones circundantes de Galilea ...» [Mc 1, 21-28 (Lc 4, 31-37)]

Pero también Cafarnaúm mereció la reprensión de nuestro Señor cuando, acercándose la plenitud de su misión redentora, se dirigió a Jerusalén para predicar en Judea y, cinco meses más tarde, dar su vida en la cruz. Jesús, al abandonar Galilea reprende la incredulidad de los habitantes de estas ciudades ribereñas de Genesaret:

«... ¡Ay de ti, Corazaín!, ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los prodigios que se han realizado en vosotras, hace tiempo que, cubiertos de cilicio y ceniza, sentados en el suelo, hubieran hecho penitencia. Por eso, Tiro y Sidón serán tratados más benignamente en el juicio que vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿piensas que serás encumbrada hasta el cielo?; pues serás precipitada en el infierno ...» (Lc 10, 13-15)

Y así fue como la ciudad de Jesús en Galilea, cobijo de tantos milagros y predicaciones, recibe este dolorido reproche de nuestro Señor. Observemos que en estas amonestaciones de Jesús, Corazaín, Betsaida y Cafarnaúm son contrapuestas a las paganas Tiro y Sidón. Toda la gentilidad del norte recibió frecuentemente a Jesús y especialmente de estas dos ciudades venían gentes a oírle predicar.



Pequeñas lecciones de historia

El milenario de un milagro eucarístico: la Santa Duda de Ivorra

GERARDO MANRESA

IVORRA ES un pueblo situado en la comarca de la Segarra, en la provincia de Lérida. En el siglo XI había en Ivorra tres iglesias: una dedicada a san Cugat, una segunda a san Gervasio, y a un cuarto de hora de camino del pueblo, una antiquísima ermita dedicada a santa María. Ésta fue escenario, hace mil años, de un prodigio eucarístico muy singular y extraordinario: la Santa Duda.

Mientras celebraba el santo Sacrificio de la Misa, un día del año 1010, al reverendo Bernardo Oliver, rector de dicha capilla, en el momento de pronunciar las palabras de la consagración sobre el cáliz le asaltó una fuerte tentación de duda referente a la presencia real de Jesucristo en el vino consagrado. Fuese que el sacerdote no rechazara la tentación con la debida prontitud, o que Dios se sirviera de ella para confirmar una vez más la verdad del dogma de la transubstanciación con un prodigio de su omnipotencia, el caso es que comenzó a brotar del cáliz una fuente de sangre tan abundante y copiosa que, derramándose, empapó los corporales y no paró hasta esparcirse por el pavimento de la capilla. No hay palabras para explicar la turbación del sacerdote celebrante y la admiración de los asistentes al santo Sacrificio de la Misa, delante de un prodigio tan sorprendente. La noticia corrió en seguida por todo el pueblo, y algunas piadosas mujeres se apresuraron a empapar en aquella sangre milagrosa lo primero que tuvieron a mano, que fueron unas pobres estopas.

Mientras esto ocurría dentro de la capilla, las campanas en lo alto de la torre comenzaron a repicar solas, como para dar a todo el vecindario tan grande y prodigiosa nueva. Entre los muchos que acudieron, estuvo san Ermengol, obispo de Urgel, que entonces estaba casualmente en Guissona, población cercana a Ivorra. Este santo, después de informarse bien de todas las circunstancias, no pudo menos de reconocer que se trataba de un hecho sobrenatural y divino. Deseoso de proceder con toda la discreción y prudencia que la Iglesia, nuestra Madre, acostumbra a emplear en casos semejantes, recogió parte de aquella sangre preciosísima y se encaminó hacia Roma, para dar cuenta de ello al Santo Padre, que entonces era Sergio IV. El santo obispo regaló al Papa el cáliz del milagro.

El Papa escuchó sorprendido y admirado la auténtica y verídica narración que le hizo el santo obispo, y después de aprobar la conducta de san Ermengol y de autorizar el culto de aquella sangre prodigiosa, quiso corresponder al rico presente que se le hacía, y regaló al Santo diferentes y preciosas reliquias, entre ellas una espina de nuestro Redentor Jesús.

La situación histórica de este hecho tiene lugar durante la reconquista del país, cuando el río Llobregat era la línea fronteriza de la Cataluña de entonces y el obispo Ermengol, junto con los condes de Urgel y Vic, trabajaban mucho para la construcción y cohesión del país. También conviene destacar que en 1004, las doctrinas heréticas del archidiácono Berengario de Angers sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, se empezaron a extender por Francia.

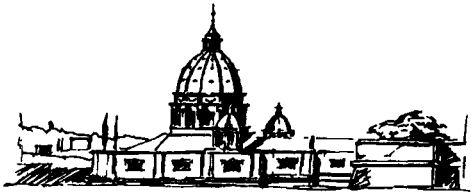
En 1035 murió el obispo san Ermengol y su sucesor, Guillem Guifre, consagró la nueva iglesia de san Cugat dentro del recinto amurallado del nuevo pueblo de Ivorra.

A principios del siglo XV, se decidió colocar las reliquias en un ostensorio, junto con la bula pontificia, debajo del altar mayor de la parroquia de San Cugat de Ivorra. El año 1426, el conde de Cardona, Juan Ramón Folch, y el párroco de Ivorra, Arnau Salabert, informaron al cardenal Pere de Foix, legado de la Santa Sede en la Corona de Aragón, de este cambio destinado a dar más presencia pública a este milagro.

En 1431, Alfonso el Magnánimo, faculta a los cofrades de Ivorra para pedir limosnas en todo el Reino de Aragón, con el fin de pagar un precioso relicario y dar a conocer el prodigio. La fama que alcanzó este milagro en toda la Corona de Aragón hizo que la iglesia resultase pequeña para las innumerables peregrinaciones que llegaban a ella. En 1436 se permite pedir limosna para construir una hospedería para recoger a los peregrinos que llegan y ampliar la iglesia de Santa María. El retablo gótico tiene en la parte central escenas de la vida de la Virgen María y en los laterales están representadas las escenas del prodigio de la Santa Duda, en una el derrame de la sangre y en la otra el obispo san Ermengol, recogiendo las reliquias.

Actualmente, se veneran las reliquias en tres fiestas, que se celebran anualmente en memoria perenne de aquel prodigio; la primera, el domingo después de Pascua, con un «aplec» extraordinario, la segunda, el día 1 de agosto, fiesta de Santa María de Ivorra y la tercera en la fiesta de la Candelaria, el 2 de febrero, todas ellas con gran solemnidad.

Comprueba, además, la veracidad de este hecho, un documento antiquísimo, copia auténtica de la bula que el mencionado papa Sergio IV dio el año segundo de su pontificado, 1010, autorizando el culto y la veneración de la prodigiosa reliquia, y un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, firmado el 27 de junio de 1868, confirmando dicha autorización.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Terror entre los cristianos de Vietnam

CASI medio centenar de fieles de la parroquia de Côn Dâu (Bangkok) han pedido asilo en Tailandia ante el clima de terror que viene reinando en esta localidad en los últimos meses.

La persecución comenzó el pasado mes de marzo cuando agentes de la seguridad impidieron, con gran violencia, a un convoy funerario el acceso al cementerio y confiscaron el ataúd que contenía el cuerpo de una habitante de la ciudad, Maria Tan. Numerosos miembros del cortejo fúnebre resultaron heridos. Otros muchos fueron arrestados, ocho de los cuales siguen todavía presos. Desde el año pasado, la parroquia de Côn Dâu –sus viviendas, sus terrenos cultivables (un centenar de hectáreas en total)– forma parte de un territorio en el que el ayuntamiento de Da Nang ha decidido crear una vasta zona de nuevas construcciones financiadas por inversores extranjeros. A pesar de las presiones ejercidas desde el pasado mes de enero, la mayoría de la población de la parroquia se ha negado a dejar este lugar conquistado a la naturaleza por sus ancestros. La situación se agravó notablemente el pasado 4 de marzo y desde entonces no ha dejado de empeorar. El pasado 3 de julio, a primera hora de la tarde, uno de los miembros del servicio de organización de los funerales del 4 de marzo, Nguyễn Thanh Nam, perdió la vida tras ser apaleado por un miliciano cuando intentaba escapar.

Clamor de la Iglesia a favor de la vida humana

EL pasado 5 de julio entró en vigor en España la nueva Ley del aborto, ley objetivamente incompatible con la recta conciencia moral, nos recordaba la Conferencia Episcopal Española. Este nuevo paso del Gobierno español contra la vida no debe verse como un caso aislado sino como parte de un «proyecto global de imposición de nuevos paradigmas, que se propone afianzar en el mundo la dictadura del relativismo». Así se expresaba el arzobispo de La Plata, Mons. Héctor Aguer en relación a la mentalidad que ve en el aborto un derecho de la mujer y que, al igual que en España, también se está intentando introducir en Argentina.

Ante este «proyecto internacional» de extender

lo que Juan Pablo II llamó «la cultura de la muerte», proyecto anti-humano motivado por el odio a Dios y a cualquier «imagen» suya, la Iglesia está saliendo constantemente a la palestra para defender los derechos inalienables del hombre y de Dios. Acabamos de hacer referencia a España y Argentina pero también en Perú, Brasil, Estados Unidos, Canadá e Inglaterra se está produciendo un debate cada vez más serio en relación a este tema. Por otro lado, la Iglesia de Kenia ha tenido que salir a defender a los no-nacidos en la polémica suscitada en este país africano en relación a la nueva Constitución que se pretende aprobar. Y en la India, la Iglesia ha alzado también la voz para advertir sobre la existencia semioculta de métodos coercitivos para bloquear el crecimiento de la población. De hecho, *L'Osservatore Romano* advertía recientemente que diversos organismos internacionales están tratando de promover el aborto como un derecho humano aprovechando el Año Internacional de los Jóvenes, inaugurado por la Organización de las Naciones Unidas el pasado 12 de agosto.

Mártires carmelitas camino de los altares

EL pasado mes de agosto Su Santidad Benedicto XVI firmó el decreto por el que la Santa Sede certifica el martirio de diez carmelitas españolas durante la persecución religiosa de 1936. Se trata de los sacerdotes Elías María Durán, José María Mateos, José María González Delgado, Carmelo Moyano y los hermanos Jaime María Carretero y Ramón María Pérez Sousa, Eliseo Camargo, José María González Cardenosa, Antonio María Martín y Pedro Velasco, carmelitas de los conventos de Mоторo y Duque de Hinojosa (Andalucía).

La comunidad carmelita de Montoro vivía ajena a toda acción política. Sus religiosos se dedicaban a la enseñanza del carisma carmelita. Los milicianos entraron el 19 de julio de 1936 a este convento, con el fin de asesinar «todo lo que oliera a cera». Así arrestaron a los religiosos. Entre ellos estaban los sacerdotes José María Mateos y Eliseo Durán, quienes se dedicaron a confesar a otros prisioneros, a darles esperanza en el Señor y a dirigir momentos de oración. La sacristía del convento fue transformada en una cárcel. El 22 de julio, después de haber

comido y rezado el rosario, se presentaron unos milicianos en la improvisada prisión y empezaron a matar a los frailes primero con hachas, luego con tiros y después a cuchilladas. El padre José María Mateos animaba a sus compañeros diciéndoles: «Señores, estamos por presentarnos delante del Tribunal de Dios, ¡preparémonos!».

Cinco días después otros milicianos irrumpían en el convento de la pequeña ciudad de Hinojosa del Duque con el fin de «destruir todo lo que oliera a religión. (...) Eran los milicianos asesinos e incendiarios que profanaban cuanto encontraban» explica un testimonio citado en la *positio*. Muchos de los frailes, al igual que en el convento de Montoro, sabedores de que se les acercaba el martirio, quisieron disponerse interiormente haciendo penitencia y comiendo sólo pan y agua. «Estaban valientes y decididos todos para recibir o sufrir el martirio». Al padre Carmelo, por ejemplo, lo tuvieron preso durante 38 días antes de ser asesinado. Allí sufrió hacinamiento junto con setenta personas más y fue humillado de la peor manera, arrojándole excrementos y dejándolo solo con una prostituta. Él permaneció fiel al voto de celibato. Le sacaban también a hacer operaciones de limpieza pública, como barrendero y trabajos pesados, cargar sacos, regar los árboles del parque, golpeándole hasta hacerle

sangrar. Pidió ser el último en morir para poder absolver de sus pecados a todos sus compañeros de cautiverio.

Nombrado el primer nuncio para Rusia

EL pasado 15 de julio culminó un largo y difícil proceso en las relaciones entre el Vaticano y la Federación Rusa con la presentación de las cartas credenciales de monseñor Antonio Mennini al ministro de Asuntos Exteriores, Sergej Lavrov. Al terminar el acto, el viceministro de Exteriores, Alexander Krusko, en nombre del presidente Medvedev, auguró al primer nuncio en Rusia «una más fructífera colaboración en los grandes desafíos morales y éticos que se plantean al hombre de hoy». Por su parte, monseñor Mennini quiso transmitir el saludo del Papa al presidente ruso, asegurando su «colaboración para un reforzamiento ulterior de las relaciones con el Gobierno, así como para el crecimiento espiritual y moral del pueblo ruso».

Con este acto termina el intercambio de embajadas, que comenzó el pasado 26 de junio en Roma con la presentación de las cartas credenciales del primer embajador ruso ante la Santa Sede, Nikolaj Sadlichov.

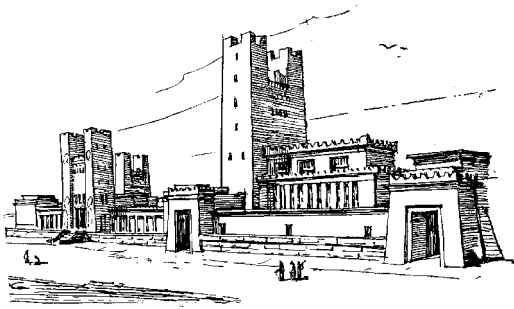
La esperanza del reino de Cristo

Mas como en la época precedente y en la nuestra, por las maquinaciones de los impíos, se llegó a rechazar la soberanía de Cristo Nuestro Señor y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, con leyes y mociones populares contrarias al derecho divino y a la ley natural, y hasta hubo asambleas que gritaban: «No queremos que éste reine sobre nosotros», por esta consagración de que tratamos, la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús prorrumplía unánime oponiéndose acérrimamente, para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: «Es necesario que Cristo reine. Venga a nos el tu reino». De que fue consecuencia feliz que todo el género humano, que por nativo derecho posee Jesucristo, único en quien todas las cosas se restauran, al empezar este siglo se consagrara al sacratísimo Corazón por nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, con aplauso del orbe cristiano.

Comienzos tan faustos y agradables, Nos, como ya dijimos en nuestra encíclica *Quas primas*, accediendo a los deseos y a las preces reiteradas y numerosas de obispos y fieles, con el favor de Dios los completamos y perfeccionamos, cuando, al término del año jubilar, instituímos la fiesta de Cristo Rey y su solemne celebración en todo el orbe cristiano.

Cuando esto hicimos, no sólo declaramos el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, más también presentíamos el júbilo de aquel faustosísimo día en que el mundo entero espontáneamente y de buen grado aceptará la dominación suavísima de Cristo Rey.

Pío XI: Encíclica *Miserentissimus Redemptor* (1928)



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

¿Por qué los evangélicos se muestran tan entusiastas con el sionismo?

MÁS allá del previsible apoyo que Israel recibe de las comunidades judías que viven en la diáspora, y de modo muy especial de la más numerosa e influyente de ellas, la que vive en Estados Unidos, es posible que no haya ningún otro grupo más favorable a Israel que los cristianos protestantes evangélicos. En efecto, el protestantismo evangélico muestra un entusiasmo hacia el sionismo que a veces incluso deja corto el de los demás judíos, en ocasiones más críticos o incluso, en algunos casos límite, hostiles al estado de Israel. ¿A qué se debe este apasionado sionismo evangélico?

Intentaremos responder señalando los factores que consideramos más determinantes. En primer lugar, la lectura escatológica preponderante entre los evangélicos, conocida con el nombre de *dispensacionalismo*, un sistema que reserva un papel importante en los acontecimientos de los últimos tiempos a un estado judío en la Tierra. «Israel no es sólo necesario para el retorno de Cristo, sino esencial para que éste ocurra» escribía hace poco el reverendo A. R. Bernard, pastor del Christian Cultural Center en Nueva York. Y es que este sistema cree que el reinado davídico rechazado por los judíos al haber rechazado éstos a Jesucristo volverá a ser ofrecido al pueblo judío en algún momento del futuro y que la actual «iglesia» es un paréntesis que los profetas del Antiguo Testamento pasaron por alto. Vemos aquí una distorsión de las esperanzas de la Iglesia, en fórmula del padre Ramière, pues si bien la esperanza en el cumplimiento de las promesas mesiánicas se mantiene de algún modo, éstas se reservan a Israel, para quien Dios tendría planes distintos y separados de los de la Iglesia, con quien nunca llegaría a unirse como anhelaba san Pablo. Estas teorías, además, han conocido una popularidad creciente y una difusión realmente gigantesca a lo largo de las últimas décadas, como lo pone de manifiesto la serie de best-sellers, llevados luego a la pantalla e incluso al videojuego, titulados *Left Behind*, un auténtico fenómeno de masas en Estados Unidos.

El segundo factor determinante es una lectura de

la Biblia que tiende hacia la literalidad y que se centra en el Antiguo Testamento, rasgo general entre los protestantes. La literalidad, no obstante, se combina con lo que los evangélicos llaman una lectura de la Biblia desde la fe y una lectura histórica, por la que reconocen que la Biblia documenta el nacimiento de la historia de la mano de la historia del pueblo hebreo. Desde esta perspectiva, el Antiguo Testamento no sólo es un relato de una serie de importantes sucesos en la historia antigua, sino de los más importantes acontecimientos de la historia desde la Creación del universo hasta el advenimiento de Jesucristo. Nada que objetar a esta afirmación, que todo cristiano debe sostener. La diferencia con la Iglesia católica estriba en que en ésta la Biblia comparte lugar y preeminencia con la Tradición, algo que los evangélicos niegan, pues para ellos la Biblia es la tradición. Así, al faltarles los cientos de santos y mártires y venerables instituciones eclesíásticas, los evangélicos vuelven su mirada a la Biblia en busca de modelos de vida: no podrán contemplar las vidas de san Agustín, santo Tomás, san Francisco Javier o santa Teresita (por citar unos pocos ejemplos), sino que mirarán a los héroes y profetas bíblicos como únicos modelos de vida. De este modo, la mentalidad evangélica es una especie de metamorfosis de la antigua mentalidad judía y, por mucho que les moleste a los judíos, los evangélicos se ven a sí mismos como el nuevo pueblo de la Biblia.

Por último, y muy ligado al anterior «biblicismo», hay que señalar la visión que los evangélicos tienen de la historia del pueblo judío, que podríamos calificar como trunca. Para la mayoría de los evangélicos, el pueblo judío salió de la historia después de la destrucción del Templo en 70 d.C. y sólo retornaron a ella durante los años cuarenta del siglo xx con el Holocausto y el nacimiento del estado de Israel; la vida en la diáspora sería un paréntesis anómalo. Desde este punto de vista, la persecución de los judíos a manos de los nazis y el restablecimiento de un estado judío en la tierra prometida son mucho más que meros sucesos históricos, son la continuación de la historia que empezó con Abraham. No se trata aquí de negar el misterio que envuelve los avatares por los que el pueblo elegido ha pasado, pero esta incapacidad para integrar la expulsión de los judíos de su pa-

tria y la consiguiente diáspora, que a la luz de la Teología de la Historia marca una nueva situación para el pueblo de Israel, marcada por la encarnación de Jesucristo, distorsiona la visión que del estado de Israel tienen los evangélicos y les hace sostener un sionismo acrítico y entusiasta. Una vez más se manifiesta el riesgo de comprender mal las profecías que hacen referencia al final de los tiempos y cómo, aun recogiendo muchos aspectos verdaderos, un pequeño error distorsiona toda la perspectiva.

El destino del catolicismo en Europa

A sí titula un reportaje *The Economist* que aborda la situación de la Iglesia católica a lo largo y ancho de Europa, deteniéndose especialmente en Francia, Irlanda, Polonia, España, Bélgica e Italia. No es habitual que un medio especializado en información económica y del prestigio del *Economist* trate de estos temas, quizás por ello el artículo en cuestión ha generado considerable atención y comentarios.

El artículo, bastante aséptico, si bien de vez en cuando emergen comentarios típicos del progresismo católico bien visto en medios liberales, se centra en comentar una serie de datos sociológicos sin extraer grandes conclusiones. De entre estos datos los hay de innegable interés para conseguir una fotografía del estado de la cuestión. Empezando por Francia, que contaba hace sesenta años con cuarenta mil sacerdotes y que hoy cuenta con sólo cuatro mil sacerdotes menores de 65 años. O, deteniéndose en la diócesis de Evreux, de seiscientos mil habitantes, en la que cuatrocientos mil se declaran católicos, que cuenta con sólo 39 sacerdotes menores de 70 años (de estos, sólo 7 tienen menos de 40 años). En honor a la verdad, el *Economist* señala que, mientras que la vida parroquial languidece, aparecen nuevos grupos con una gran vitalidad, entre los que cita a los carismáticos y los tradicionalistas. Poco después, se hace hincapié en la diferencia entre adhesión a la Iglesia católica, menguante pero en un lento declinar, y las estructuras de la misma (parroquias, monasterios, escuelas), en desplome aceleradísimo.

Los datos siguen hilvanando el artículo. Por ejemplo, que a pesar de los escándalos de abusos sexuales en la Iglesia en Irlanda más del 50 % de los irlandeses continúan acudiendo a la misa dominical (en España esta cifra se coloca en el 28 %). O que en Italia los que se declaran católicos han aumentado en 8 puntos a lo largo de los últimos quince años, hasta alcanzar el 88% del total de la población. A partir de estos datos, las conclusiones son pocas, aunque en honor al semanario británico hay que señalar su acierto al sugerir que, con la excusa de la pedofilia, el Estado en Europa está apretándole las tuercas a la Iglesia, convencido de que sólo existe una legitimidad, la estatal, por lo que nada ajeno al Estado y que reclame una verdadera autonomía puede ser permitido.

Quizás, como han señalado algunos comentaristas como Samuel Gregg o David Mills, el mayor defecto del artículo sea el pasar de puntillas por el colapso del catolicismo progresista postconciliar, arrastrado por su tendencia a conformarse al secularismo y que, finalmente, se disuelve en la mucho más poderosa tendencia secularista. Gregg caracteriza a este progresismo por las siguientes pretensiones: «(a) no pretende nada de sus seguidores en términos de creencias más allá de un énfasis en la tolerancia, la diversidad y un diálogo por el diálogo sin fin; (b) diluye el dogma y la doctrina hasta hacerles perder todo sentido; (c) se convierte en otro medio de autoafirmación en una cultura repleta de autoafirmación; (d) adopta la moral sexual post-1960s; (e) anatematiza a cualquiera que no se adhiere a las posiciones políticas sociales y económicas de la izquierda liberal y secularista». No es de extrañar que este catolicismo modernista se esté agotando en el callejón sin salida al que ha conducido a tantas almas.

En todo caso, cualquier aproximación sociológica peca de reduccionista y limitada, los caminos de la Iglesia van por otros derroteros, como así se ha puesto de manifiesto a lo largo de la historia en innumerables ocasiones. Lo que no quita que tengamos que estar atentos a esos signos de los tiempos, también sociológicos, que Dios permite en su divina Providencia.

La Europa que en el Oeste y en la filosofía y en la práctica ha declarado a veces «la muerte de Dios», y en el Este ha llegado a imponerla ideológica y políticamente, es también la Europa donde se ha proclamado la «muerte del hombre» como persona y como valor trascendente. En el Oeste, la persona ha sido inmolada al bienestar; en el Este ha sido sacrificada a la estructura.

Juan Pablo II (11 de octubre de 1985)



emos leído

ALDOBRANDO VALS

La «paradisíaca» vida de los cristianos en Irán

Reproducimos un artículo del conocido escritor italiano, Rino Camilleri, publicado en Antidoti:

La agencia Zenit.org el pasado 14 de junio de 2010 se hizo eco de la entrevista de Mark Riedemann a la periodista libanesa Camille Eid en el programa de televisión «Donde Dios llora», de la CRTN (Catholic Radio and Television Network). El tema de la entrevista es Irán. Dice Eid: «En las calles de Teherán, o en cualquier parte del país, se pueden ver retratos de los “mártires”, del Ayatolá, tanto del precedente, el ayatolá Jomeini, como del actual, Jamenei. Si se usa un teléfono público escuchará la voz del imán Hussein dando las instrucciones».

Pregunta: «¿Si se descuelga el teléfono se escucha la voz grabada del imán?».

Respuesta: «Correcto. Y en las escuelas la enseñanza de las diferentes materias está permitida, pero siempre a través de una perspectiva basada en el Corán y los Hadith y otras enseñanzas islámicas».

Pregunta: «¿Es cierto que la imagen del Ayatolá se encuentra incluso en la portada de los libros de catecismo cristianos?».

Respuesta: «Así es. Se trata de un recordatorio a los cristianos de que están bajo la protección del régimen y son considerados *dhimmi*s».

Los cristianos son cerca de cien mil entre setenta millones de habitantes. «Son vistos como una minoría étnica porque los cristianos son en su mayoría armenios y asirios caldeos». Por esto «no se

les permite celebrar sus ritos en farsi, la lengua oficial de Irán», para así impedir a los musulmanes «entender lo que los cristianos dicen». Nunca se sabe.

Sin embargo, «la República Islámica ha mantenido la Constitución de 1906, que reserva cinco escaños para las minorías: tres a los cristianos, uno a los zoroastrianos y el otro para los judíos. Por otra parte, los baha'i, por ejemplo, que son la minoría no musulmana más grande, no están representados porque se les consideran herejes». La misma Constitución, no obstante, «dice que todos los iraníes son iguales por raza e idioma, pero la religión no es mencionada». Las minorías étnicas pueden profesar sus creencias «a condición de no participar en conspiraciones contra la República de Irán. ¿Y esto qué significa? ¿Incluye las críticas al régimen? El problema es que Irán es un régimen teocrático».

En cualquier caso, «en la administración pública es difícil que un cristiano pueda encontrar trabajo. Incluso los directores de las escuelas cristianas son musulmanes (...), en las pocas escuelas que fueron devueltas a los cristianos después de las confiscaciones de 1979 y 1980». Obviamente, para el apóstata está reservada la muerte: «Hace algunos años se descubrió que un oficial, el coronel Hamid Pourmand, se había convertido al cristianismo. Fue juzgado y sometido a la corte marcial, pero debido a la presión internacional consiguió salir de Irán». Desde 1979 (año de la Revolución islámica) hasta la fecha, más de la mitad de los cristianos se han ido del país. Y cada año cerca de diez mil familias cristianas se marchan.

La casa de los horrores

Con su acierto y valentía habituales cada vez que aborda la lacra del aborto que asola nuestra civilización, Juan Manuel de Prada, desde las páginas de ABC, señala, siguiendo a Chesterton, la falta de lógica de los abortistas, que deberían convertirse en propagandistas del infanticidio, lo cual, por otra parte, ahorraría muchos dispendios especialmente gravosos en épocas de crisis como la actual:

Encuentran en el jardín de una casa en el departamento de Lille hasta ocho cadáveres de recién nacidos y la noticia causa gran conmoción. Durante unos días, nos escandalizaremos con las andanzas de esa tal Dominique Cottrez, auxiliar de clínica, que nada más parir a sus hijos los asfixiaba metódicamente, los envolvía en plásticos y los enterraba a la sombra de un árbol; y, antes de que el suceso ingrese en los polvorientos anaqueles del olvido, podremos consolarnos pensando que nosotros no somos tan bestiales como la tal Dominique, igual que el sabio pobre y mísero de Calderón se consolaba, mientras recogía las hierbas con las que se sustentaba, comprobando que otro sabio iba recogiendo las hierbas que él desdeñaba. Así hasta que, dentro de unos meses, descubran otra casa, otro jardín, otro sótano donde se almacenen más cadáveres de recién nacidos; y, cuando nos revelen los pormenores del siguiente infanticidio truculento, podremos seguir respirando aliviados durante otra temporada más. Que en esto consiste la función catártica del ho-

ror: en que la truculencia de los crímenes ajenos nos exonere de la enojosa tentación de calificar los nuestros, mucho más «neutrales» y asépticos. Ojos que no ven, corazón que no siente, reza el refrán; pero para que el corazón no sienta ante los invisibles crímenes propios, conviene curtirlo previamente con la exhibición de crímenes ajenos tan aparatosos que, por contraste, releguen los propios a la categoría de menudencias irrelevantes.

En una de sus paradojas más brillantes y estremecedoras, Chesterton saludaba a los infanticidas como «pioneros progresistas» capaces de llevar hasta sus últimas consecuencias los postulados que otros progresistas más remilgados defienden con expresiones sibilinas, por evitarse la mala propaganda que persigue a los pioneros. Para hacer su defensa paradójica del infanticida (para poner a la sociedad de nuestra época ante el espejo de sus crímenes), Chesterton se mostraba dispuesto —en términos especulativos— a despojarse de los «remilgos morales» que defienden la vida. «Si lo que la cristiandad ha considerado moral no tiene sentido —afirma—, entonces deberíamos sentirnos libres de ignorar toda diferencia entre los hombres y los animales, y consecuentemente tratar a los hombres como animales». Nadie aplicaría un aborto a una gata o a una coneja: se deja, simplemente, que alumbre a su prole; y, si la prole es demasiado numerosa, o si incluye ejemplares enfermos, se los ahoga en una palangana y santas pascuas. ¿Por qué no hacer con los bebés lo mismo que con los gatos?, se pregunta Chesterton. Permitamos que lleguen al mundo, para después ahogar a los que no nos gustan. «Tal comportamiento —prosigue Chesterton— sería propia y razonablemente eugenésico, porque podríamos seleccionar a los mejores, o al menos a los más saludables, y sacrificar a aquellos

a quienes se llama inadaptados». El infanticida es, en efecto, más «racional» que el abortero; y también, en cierto modo, más bizarro: es verdad que un niño recién nacido no puede defenderse, como le ocurre al niño gestante, pero para estrangularlo hay que cogerlo entre nuestras manos, hay que mirar su rostro, hay que sentir la temperatura de su piel.

Frente a esta pionera progresista de Lille, nos ocurre como a Chesterton: nuestros progresistas aborteros se nos antojan débiles, indecisos y cobardes.

¿Por qué los católicos deberían construir iglesias bonitas?

Dwight Longenecker es un sacerdote católico norteamericano, converso siendo ya adulto, casado y con hijos, famoso por sus escritos e intervenciones apologéticas. Recientemente, desde su blog Standing on my head, lanzaba el debate sobre la belleza de las modernas iglesias católicas, un debate totalmente extrapolable a nuestro entorno:

Solía preguntarme por qué la Iglesia, en su venerable sabiduría, instituyó la fiesta en memoria de la dedicación de Santa María la Mayor en Roma. ¿Hay para tanto? Es sólo una iglesia, ¿no? De acuerdo, es más grande y más vieja y más hermosa que la mayoría de las iglesias, pero ¿y qué? La Iglesia es en realidad las personas, ¿verdad? Bueno, sí y no. En efecto, san Pablo nos habla de ser «piedras vivas» con las que se construye el «templo», pero esa imagen sólo tiene sentido si existe tal cosa como un templo físico compuesto por piedras de verdad.

Así que ¿por qué los católicos deberían construir iglesias bonitas? Por muchas razones. En primer lugar, nuestra fe es una fe en-

carnada. Creemos que el Hijo de Dios se hizo carne de la Santísima Virgen y entró en este reino físico de la historia humana. Esta entrada dentro de la historia hace visible la gloria y el poder eternos de Dios en este mundo. Así que una iglesia católica bella y construida para durar es un testimonio de la encarnación. Su belleza también representa los sacrificios de tiempo, talento y recursos necesarios para construir un templo adecuado a Dios. «¡Esto no es sólo una sala de reuniones!» proclama la belleza de una iglesia católica. «Esto es un templo donde Dios habita en medio de nosotros como Cristo, su Hijo, vino a habitar entre nosotros».

Por otra parte, tantas iglesias fueron dedicadas a la Santísima Virgen María porque ella, de un modo singular, es el templo de Dios en la tierra. Ella es hermosa. Está llena de gracia. Ella es trascendente y eterna por las gracias recibidas de su Hijo. Así también, una iglesia católica debe ser un testigo mudo de estas verdades. Aquí hemos construido un templo que es bello, trascendente y lleno de la presencia de Dios y de su gracia. Aquí, el Hijo de Dios mora en su presencia sacramental. Esta iglesia es, por tanto, un recordatorio de la Santísima Virgen, y como recuerdo de ella, recordatorio también de que su destino es el destino de cada uno de nosotros. También nosotros estamos llamados a ser templos del Espíritu Santo. También nosotros estamos llamados a ser transformados por el trabajo duro, el sacrificio y la gracia de Dios para ser eternamente bellos. También nosotros estamos llamados a un destino eterno.

He aquí otra razón: una iglesia católica bonita proclama nuestros valores. Dice: «Esta iglesia va a durar mil años. Será tan hermosa que nadie se atreverá a destruirla. Creemos en verdades eternas que son tan bellas y verdaderas y eter-

nas que nadie puede destruirlas. Además, creemos en valores que son eternos y nunca cambian. Nuestro objetivo es vivir una vida tan digna, sólida, bella, verdadera y eterna como este edificio. Nuestras verdades doctrinales, nuestras verdades morales, nuestro amor, nuestra vida, nuestra alegría, todos son eternos y esta iglesia habla silenciosa y elocuentemente de que estamos dispuestos a invertir en lo que apreciamos, y estamos dispuestos a sacrificar mucho para construir un testimonio que durará mucho tiempo después de que nos hayamos ido. Esto expresará para creyentes y no creyentes una verdad que está más allá de las palabras y que los elevará a la oración que está más allá de las palabras.

En toda época la gente gasta dinero en la construcción de templos hermosos para sus dioses. Si se quiere ver a qué dioses rinde culto una sociedad se debe mirar buscando edificios hermosos. ¿Qué edificios de nuestras ciudades están contruidos con mármol, fuen-

tes, techos altos, plata y accesorios dorados, alfombras orientales y muebles de calidad? Casi siempre bancos y compañías de seguros. Allí podemos encontrar los templos que hemos construido a nuestros dioses. Luego mire a tantas iglesias católicas modernas, contruidas con materiales vulgares y baratos, mano de obra de mala calidad, malos diseños de arquitectos ignorantes que trabajan para su propia gloria tratando de «ser» creativos. Una iglesia católica bella y tradicional protesta contra toda esa vulgaridad con gran dignidad y poder.

Una iglesia católica bella dice todas estas verdades en el silencio de la piedra. Cuando contruimos iglesias que parecen edificios seculares proclamamos exactamente lo contrario. Cuando contruimos con materiales baratos, elegimos ornamentaciones pobres, esculturas de mal gusto, y usamos cada vez más plástico, fibra de vidrio y hormigón, estamos (a menudo literalmente) contruyendo con heno y paja. ¿Por qué nos

sorprende entonces tanto que los católicos tengamos una fe barata, temporal, de segunda categoría y cayéndose a pedazos? Nuestra fe se encarna. Estoy convencido de que si invirtiéramos más dinero en la construcción y el mantenimiento de nuestras iglesias, en realidad estaríamos invirtiendo en una fe más fuerte para el futuro.

El último punto (y podría seguir) es que una iglesia no es sólo un lugar de encuentro. Es una casa de oración. Es un lugar que se sacraliza por la oración. Por lo tanto, debe ser un lugar que eleve el corazón a la oración. El corazón humano es vulnerable a la belleza. La belleza de la adoración y la belleza de una iglesia pueden llevar incluso al corazón más duro a la oración. En una iglesia hermosa los corazones de la gente se abren. Se detienen y miran y alzan sus ojos hacia arriba mientras caen de rodillas; e incluso el más ignorante murmura las palabras que su lengua trata de encontrar: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los Ejércitos.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Agosto

General: Para que los sin trabajo, sin techo y cuantos viven en grave situación de necesidad encuentren comprensión y acogida y sean ayudados de forma concreta a superar sus dificultades.

Misionera: Para que la Iglesia sea el «hogar» de todos, pronta a abrir sus puertas a cuantos son obligados a emigrar a otros países por las discriminaciones raciales y religiosas, el hambre y las guerras.

Septiembre

General: Para que en las regiones menos desarrolladas del mundo el anuncio de la Palabra de Dios renueve el corazón de las personas, alentándolas a ser protagonistas de un auténtico progreso social.

Misionera: Para que abriendo el corazón al amor, se ponga fin a tantas guerras y conflictos que aún ensangrientan el mundo.

Octubre

General: Para que las universidades católicas sean cada vez más lugares donde, gracias a la luz del Evangelio, sea posible experimentar la armónica unidad que hay entre fe y razón.

Misionera: Para que la celebración de la Jornada Misionera Mundial sea ocasión para comprender que la tarea de anunciar a Cristo es un servicio necesario e irrenunciable que la Iglesia está llamada a desempeñar en favor de la humanidad.





LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



Suma teológica. I: 1 q.1-26

Autor: Santo Tomás de Aquino
Editorial: BAC
976 páginas
Precio: 32,00 €
Reimpresión de la tercera edición de 1964.
Este primer volumen comprende una extensa introducción general, de Santiago Ramírez, OP; el tratado «De Dios uno» (1 q.1-26), traducido por Raimundo Suárez, OP, con introducciones particulares, anotaciones y apéndices de Francisco Muñiz, OP; y dos amplios apéndices de notas explicativas y la exposición de la doctrina tomista sobre distintas cuestiones.



Quando Dios llama

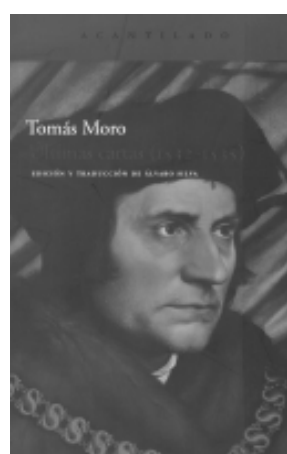
Autor: Alberto García Ruiz,
Editorial: Rialp
200 páginas
Precio: 10,50 €
Mediante textos seleccionados por el autor, Benedicto XVI invita a los jóvenes a ser generosos y dar un «sí» enamorado a Jesús. El Papa ofrece su testimonio vocacional y llama en el nombre de Dios a los obispos y sacerdotes, a los directores de almas, a las escuelas católicas, a los padres y madres de familia a ser eco de la llamada del Señor a muchos jóvenes para que sean sacerdotes en su Iglesia.

Como hizo María, también ellos pueden descubrir el amor verdadero y profundo.



Perder y ganar

Autor: John Henry Newman
Editorial: Encuentro
316 páginas
Precio: 24,00 €
John Henry Newman, una de las figuras religiosas más destacadas del siglo XIX, tuvo también una exitosa carrera como novelista. *Perder y ganar* relata la historia de un joven en búsqueda de la fe en el Oxford victoriano. En gran medida autobiográfica, la obra se sitúa enteramente por primera vez en el mundo universitario de Oxford, y refleja con ironía, lucidez y delicadeza el ambiente social y cultural de la época, junto a la evolución intelectual y religiosa de su protagonista.



Últimas cartas (1532-1535)

Autor: Tomás Moro
Editorial: Acanalado
240 páginas
Precio: 24,00 €
Tomás Moro se negó a prestar el juramento de fidelidad exigido por Enrique VIII y fue llevado a la Torre de Londres prisionero del régimen Tudor. Fue juzgado y condenado a muerte. El 6 de julio de 1535 fue decapitado. Durante su estancia en la Torre cultivó varios géneros literarios, en una expresión emocionante de la literatura de prisión. Bajo el aplomo asombroso de estos textos, se esconde tanto el drama personal de Moro como la terrible cualidad trágica de la conciencia.

CONTRAPORTADA

¿Cómo debemos prepararnos para la venida del Santo Padre?

¿Cómo debemos prepararnos para la venida del Santo Padre?

En primer lugar, con una actitud de agradecimiento a Benedicto XVI y con una plegaria constante para que esta visita del Papa dé muchos frutos espirituales y pastorales. La visita del Santo Padre a una diócesis y a una ciudad es algo extraordinario, ya que él no puede viajar a todas las diócesis del mundo.

No podemos dejar pasar la visita del Santo Padre como si fuera un acontecimiento ciudadano más. Por ello, la diócesis ha preparado unas catequesis o unos temas de reflexión de los que se ha hecho amplia divulgación, y que han de ser una ayuda para esta preparación espiritual de la visita. Se ha dicho que la visita del Papa es un desafío para la Iglesia de Barcelona. Y todos hemos de disponernos para responder bien a este desafío.

Por ello debemos prepararnos intensamente y hemos de enmarcar esta santa visita con toda la pastoral ordinaria que estamos realizando día tras día en nuestra diócesis, en las parroquias y en las instituciones eclesiales. Y deseamos que todo Cataluña y España entera se sientan implicadas en esta visita del Papa para la dedicación del templo de la Sagrada Familia.

El día 7 del próximo mes de noviembre se cumplirán los veintiocho años de la visita del papa Juan Pablo II a Barcelona y a Montserrat, y concretamente también al templo de la Sagrada Familia. Fue el mismo día y el mismo mes del año 1982. Ahora recibiremos con gozo a su sucesor.

Pienso que el Santo Padre nos dará lo que es propio de su ministerio como sucesor del apóstol Pedro: nos confirmará en la fe. Él tiene una misión muy especial al servicio de toda la Iglesia y, por tanto, contribuirá a enriquecernos con la catolicidad que ha de vivir siempre la Iglesia diocesana entera.

Por otra parte, la solicitud del Papa hacia todas las Iglesias debiera hacer crecer en nosotros el espíritu misionero dentro de casa y cara a los países de misión. La visita del Papa puede suscitar nuevas vocaciones misioneras entre los sacerdotes y los laicos. Y sin duda reafirmará la *romanidad* de nuestra archidiócesis y de Cataluña, que ha de ser una característica nuestra para ser fieles a nuestra identidad. No podemos olvidar que en la versión catalana del *Credo* proclamamos que creemos en la Iglesia, católica, apostólica y «romana».

† LLUÍS MARTÍNEZ SISTACH
Cardenal arzobispo de Barcelona